



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**La construcción de la autoridad femenina
en las cortes helenísticas: las mujeres en la
dinastía Lágida (305 a.C.-30 a.C.)**

Sofía Mediavilla Torres

Tutora: Aida Fernández Prieto

Departamento de Historia Antigua y Medieval

Curso: 2024-2025

RESUMEN

El presente Trabajo Final de Grado analiza la construcción de la autoridad femenina en las cortes helenísticas, poniendo el foco en la dinastía Lágida o Ptolemaica, que gobernó en el antiguo Egipto desde la muerte de Alejandro Magno en el 323 a.C. hasta su conversión en provincia romana en el 30 a.C. Tal y como se pone de relieve a lo largo de este estudio, si bien las acciones de las mujeres de la familia real Lágida a menudo estuvieron supeditadas a los intereses de sus parientes masculinos, estas no se limitaron únicamente a reforzar y legitimar la autoridad de los varones. Por el contrario, la actividad desarrollada por las reinas y otras mujeres del círculo real Lágida, además de contribuir a proyectar una imagen de hijas, hermanas, madres o esposas ejemplares, en consonancia con el ideal femenino tradicional, y de “cohesión familiar”, destinada a afianzar la “buena imagen” de la dinastía y, con ello, a asegurar y consolidar la legitimidad y continuidad de aquella, iría también encaminada a afianzar su propia autoridad dentro de —a la vez que trascendiendo— los límites tradicionales de género. Esto se tradujo en una gran influencia de las mujeres Lágidas en los ámbitos político, social y cultural, consolidando así un modelo de autoridad femenina que, a través de prácticas como el evergetismo, la participación efectiva y directa en el gobierno y la asociación con determinadas divinidades, contribuyó a la perdurabilidad y estabilidad del poder dinástico de los Ptolomeos durante casi tres siglos.

PALABRAS CLAVE

Dinastía Lágida, Reinas helenísticas, Autoridad femenina, Legitimación del poder, Evergetismo.

ABSTRACT

This Final Degree Project analyzes the construction of female authority in the Hellenistic courts, focusing on the Lagid or Ptolemaic dynasty, which ruled ancient Egypt from the death of Alexander the Great in 323 BCE until its transformation into a Roman province in 30 BCE. As highlighted throughout this study, although the actions of the women of the Lagid royal family were often subordinated to the interests of their male relatives, they were not limited solely to reinforcing and legitimizing male authority. On the contrary, the activity carried out by queens and other women of the Lagid royal circle, in addition to contributing to

the projection of an image of exemplary daughters, sisters, mothers, or wives—in line with the traditional feminine ideal and the notion of “family cohesion” intended to strengthen the dynasty’s “good image” and thereby secure and consolidate its legitimacy and continuity—was also aimed at establishing their own authority within—and at the same time transcending—the traditional boundaries of gender. This resulted in significant influence of Lagid women in political, social, and cultural spheres, thereby consolidating a model of female authority that, through practices such as euergetism, effective and direct participation in governance, and association with specific deities, contributed to the endurance and stability of Ptolemaic dynastic power for nearly three centuries.

KEYWORDS

Lagid dynasty, Hellenistic queens, Female authority, Power legitimization, Evergetism.

ÍNDICE

1. Introducción	5-9
2. Estado de la cuestión.....	9-12
3. Marco contextual: el mundo de las realezas helenísticas.....	12
3.1. Las realezas helenísticas: entre la herencia de Alejandro y la creación de un “nuevo” cosmos griego.....	12-14
3.2. Poder y autoridad femenina en las emergentes monarquías helenísticas.....	14-16
3.3. El nacimiento del Egipto Lágida.....	16-18
4. La construcción del poder femenino en el interior de la corte Lágida.....	18-19
4.1. Las relaciones de parentesco y las políticas matrimoniales.....	19-23
4.2. La actividad evergética.....	23-26
4.3. Relaciones con la divinidad.....	26-29
5. Estudio de caso: Arsínoe II (<i>ca.</i> 275-270/268 a.C.).....	29-35
6. Conclusiones.....	35-37
7. Fuentes y bibliografía.....	38-43
8. Anexos gráficos.....	44-48

1. INTRODUCCIÓN¹

La historiografía tradicional ha presentado a las mujeres de la Grecia antigua como subordinadas al poder masculino y prácticamente recluidas en el ámbito doméstico. Sin embargo, en las últimas décadas, desde perspectivas revisionistas, se ha puesto en evidencia cómo estas desempeñaron un papel mucho más activo en la vida económica, social, religiosa y política de sus respectivas comunidades². Este hecho resulta especialmente evidente en la época helenística, cuando las mujeres, especialmente, las de clase más alta y próximas al círculo real, adquirieron una mayor visibilidad pública, en consonancia con los cambios que se sucedieron a nivel político, social, cultural y económico en este periodo.

La construcción de la autoridad y el poder femenino en época helenística se erige, pues, como un objeto de estudio especialmente interesante para conocer las dinámicas sociales, políticas, religiosas y culturales de esta etapa de la historia griega; un periodo, por otra parte, relativamente descuidado en los planes de estudio de Grado en Historia en España, donde el foco, por lo general, ha tendido a ponerse más en las épocas arcaica y clásica. A este “olvido” del mundo helenístico, al que en origen contribuyó también su percepción por parte de la historiografía tradicional como una etapa de “decadencia” tras el “esplendor” de la época clásica, se suma, además, la persistente distorsión de algunas figuras femeninas sobresalientes del periodo, como prueba la imagen “popular”, difundida desde la Antigüedad hasta el más reciente cine de Hollywood³, de la última y más conocida reina helenística, precisamente una reina Lágida, Cleopatra VII.

Si bien en las últimas décadas, como ya hemos adelantado y analizaremos con más detalle en la sección “Estado de la cuestión” de este trabajo, se ha realizado un notable esfuerzo por revisar y visibilizar el papel femenino en la Antigüedad, siendo cada vez más los estudios que se interesan por las dinámicas de construcción de la autoridad femenina en el mundo clásico, todavía queda mucho trabajo por hacer. Este TFG pretende, pues, ofrecer una pequeña aportación en esta línea, poniendo el foco en las manifestación y construcción de la autoridad femenina en una de las principales monarquías helenísticas: la Lágida o Ptolemaica⁴. Esta

¹ Para el presente trabajo se ha utilizado el sistema de citas de la revista científica *BSAA Arqueología de la U Va.*

² Véase, más adelante la sección “Estado de la cuestión”.

³ Sobre Cleopatra y su imagen de “mujer fatal”, véase, por ejemplo, el artículo que Rosa Cid dedica a este tema (2000).

⁴ Dicha dinastía recibe indiferentemente el nombre de “Lágida” por Lago, padre de Ptolomeo I, fundador de dinastía, o “Ptolemaica”, por este último.

dinastía fue fundada por Ptolomeo I, uno de los antiguos generales de Alejandro Magno, quien gobernó la región del antiguo Egipto desde la muerte del conquistador macedonio en el 323 a.C. en calidad de sátrapa hasta el año 305 a.C., momento en el que se autoproclamó como monarca y Egipto pasó a convertirse en un reino helenístico que perduraría hasta la muerte de Cleopatra VII, cuando Egipto fue transformado en provincia romana en el 30 a.C.

La elección de esta dinastía helenística para la realización del presente trabajo se fundamenta, precisamente, en que las mujeres Lágidas desempeñaron un papel político excepcionalmente destacado, alcanzando incluso más cuotas de poder que las de otras dinastías helenísticas. En cuanto al marco cronológico de nuestro TFG, este coincide con el periodo comprendido desde la fundación de este reino helenístico hasta su incorporación como provincia imperial por Augusto (esto es, desde el año 305 a.C. hasta el año 30 a.C.). El marco espacial, por su parte, comprende tanto el antiguo reino de Egipto como aquellos otros territorios que formaron parte de aquel eventualmente (como la Cirenaica, Chipre, Cilicia y Panfilia, además de Palestina y Fenicia, regiones, fuente de conflicto con otra dinastía helenística, la Seleúcida) o que estuvieron bajo su influencia, más o menos directa, en determinados periodos (como ocurre con las islas de Rodas o Creta) (Fig. 1).

Teniendo en cuenta el tema elegido, así como el marco espacial y cronológico en los que se enmarca el presente estudio, los objetivos perseguidos en las siguientes páginas son fundamentalmente los que siguen:

En primer lugar, analizar el contexto histórico en el que se desarrollan las monarquías helenísticas, sus características principales y, en particular, la posición y el papel de las mujeres pertenecientes a los círculos de la realeza, haciendo hincapié en las particularidades de la monarquía Lágida y en cuáles fueron las circunstancias jugaron a favor de que las mujeres de esta dinastía alcanzasen cuotas elevadas de poder.

En segundo lugar, examinar cómo a través de la imagen tradicional de género, las reinas de esta dinastía, a pesar de que sus actos con frecuencia estuvieran supeditados a los intereses masculinos para la proyección de una determinada imagen dinástica, lograron articular una forma de poder y una autoridad femenina que irían más allá del mero apoyo a los varones de la familia para reforzar su propia posición y poder contribuyendo a la estabilidad de la dinastía durante casi tres siglos.

En tercero y último, distinguir cómo se construyeron el poder y la autoridad femeninas en la dinastía Lágida a nivel interno y cuáles fueron sus implicaciones en el gobierno de Egipto (corregencias, matrimonios, gobiernos en solitario...), examinando el papel que jugaron en este sentido prácticas como el evergetismo, el culto dinástico y la piedad religiosa.

Con el fin de cumplir con los objetivos planteados, se ha seguido una metodología de análisis histórico que combina tanto la consulta de fuentes antiguas como de bibliografía contemporánea actualizada sobre el tema. Por lo que respeta a las fuentes antiguas, se ha recurrido principalmente al examen de fuentes escritas, tanto primarias como secundarias, de carácter histórico y biográfico, entre las que destacan: los *Idilios*, de Teócrito, poeta helenístico que vivió en la corte de Ptolomeo II (ca. 310-260 a.C.); la *Biblioteca Histórica*, de Diodoro Sículo, autor grecorromano del s. I a.C., en la que se recogen algunas alusiones al gobierno de los Ptolomeos y a su relación con el clero egipcio; la *Historia de Alejandro Magno*, de Quinto Curcio Rufo, escritor e historiador romano coetáneo del emperador Claudio, quien refiere la concesión a Alejandro Magno de los honores propios de los faraones egipcios, que luego recibirían también los reyes Lágidas, y la *Descripción de Grecia*, de Pausanias, viajero, geógrafo e historiador del siglo II d.C., en la que se incluyen algunos relatos sobre los Ptolomeos.

Junto a los trabajos de autores clásicos, este TFG también se ha servido de otro tipo de fuentes, especialmente testimonios epigráficos en los que se recogen cartas o decretos reales, disponibles en *corpora* de inscripciones accesibles online, tales como el *Corpus of Ptolemaic Inscriptions from Egypt*, el *corpus Inscriptions of Greek Cyrenaica (IGCyr)*, las *Inscriptiones Graecae (IG)* o el *Supplementum Epigraphicum Graecum (SEG)*, y en bases de datos especializadas, también disponibles online, como la que ofrece el *The Packard Humanities Institute (PHI)* o la página web del proyecto *Attalus* (que incluye inscripciones de Egipto de época tardía y de la época Ptolemaica) (ver la sección correspondiente en la Bibliografía). En cuanto a las fuentes numismáticas, se ha recurrido a herramientas de búsqueda como el *Ptolemaic Coins Online (PCO)*.

Por lo que respecta al enfoque historiográfico de este trabajo, la temática del mismo permite encuadrarlo dentro del campo de los estudios de género y, especialmente, en los conocidos como “Queenship studies” o estudios sobre la realeza femenina, los cuales se caracterizan por poner el foco en las reinas y mujeres cercanas al poder real en el papel,

prestando especial atención a las formas en las que estas negociaban, ejercían y representaban su autoridad en un mundo dominado por hombres⁵. En el caso del presente trabajo, dicho enfoque se justifica por la atención prestada al papel político, social y cultural de algunas figuras femeninas más destacadas de la dinastía Lágida, poniendo así de relieve cómo estas fueron sujetos activos y no meramente pasivos en el ejercicio de la autoridad y el poder. Las reinas Lágidas, como veremos, aunque depositarias de un poder que, con frecuencia, estaba limitado por las estructuras sociales y culturales que asociaban el liderazgo político con la masculinidad, lograron, en ocasiones, trascender estos límites para convertirse en auténticas depositarias del poder, jugando un papel clave tanto en asuntos de política interior como exterior y, sobre todo, garantizando, a través de sus acciones, la pervivencia del legado dinástico.

Asimismo, y como parte de la metodología, para ilustrar estas acciones femeninas en un marco más amplio, y aunque no constituye el objetivo central de este estudio, se ha decidido recurrir también a comparaciones con mujeres del círculo real de otros reinos helenísticos, como pueden ser el Seleúcida o el reino de Pérgamo.

Por otra parte, con respecto a la forma de estructurar el trabajo, este ha sido articulado atendiendo a los objetivos marcados anteriormente, por lo que presenta la siguiente disposición:

La presente Introducción, en la que se exponen los motivos, objetivos y metodología de este TFG; a la que sigue un segundo apartado, donde se recoge brevemente el estado de la cuestión de las investigaciones sobre el tema. A continuación, un tercer apartado, donde se presenta brevemente el contexto histórico en el que se enmarca el trabajo, en el que se incluye un subapartado en el que se exponen brevemente las características generales de los reinos helenísticos; otro, donde se realiza una aproximación a las particularidades de la autoridad de las reinas y de las mujeres en estas dinastías y; un tercero, que contextualiza brevemente el origen del reino Lágida. En la cuarta sección del trabajo se examinan los instrumentos de los que se sirvieron las reinas de Egipto para construir su poder y autoridad dentro de la corte Lágida, los cuales se detallan en tres subapartados dedicados respectivamente a: las relaciones de parentesco y las políticas matrimoniales, las acciones evergéticas y las relaciones con la divinidad y la piedad religiosa. La quinta sección, por su parte, pone el foco en la figura de una reina Lágida en concreto, Arsínoe II, quien constituye un ejemplo paradigmático del modo en

⁵ De esta perspectiva parten también, entre otros, los estudios para el mundo griego de Carney, 1988; Bielman Sánchez, 2016; Arroyo, 2013; Chapinal-Heras, 2024.

que las mujeres de la dinastía supieron articular su poder y consolidar tanto su presencia pública como su legitimidad en el marco del Egipto helenístico y fuera de este. A estos apartados temáticos sigue uno de conclusiones y una sección donde se recogen tanto la bibliografía como las fuentes antiguas y bases de datos utilizadas para elaborar este trabajo. Cierran el TFG unos anexos gráficos que ilustran y complementan visualmente algunos de los aspectos analizados en el mismo.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Los testimonios literarios que nos han llegado del mundo antiguo han sido escritos, en su mayoría, por hombres, y reflejan, por tanto, la mentalidad patriarcal propia de la época, proyectando una imagen de la mujer “ideal” hecha por y para varones. Una mujer que vive recluida en el hogar y con escasa o nula participación en la vida pública; una mujer discreta, honesta, sencilla y recatada, dedicada a los quehaceres domésticos, al esposo y a la educación de los hijos, al estilo de Penélope, la abnegada esposa de Odiseo. Es por ello, que aquellas que rompían con este ideal femenino eran juzgadas por asumir roles y ejercer formas de autoridad que, en el imaginario social de la época, correspondían a los varones⁶. Un ejemplo especialmente ilustrativo es el —ya mencionado— tratamiento que recibe la última reina Lágida, Cleopatra VII, a quien las fuentes antiguas retratan casi como una prostituta (Cid, 2000:124).

Esa visión que transmiten los autores clásicos ha influido en y ha sido reforzada por la historiografía tradicional, la cual, en muchos casos, ha asumido acríticamente estos juicios, perpetuando una imagen negativa de estas mujeres, cuando no relegando su estudio a un segundo plano. A pesar de ello, ya desde finales del siglo XIX encontramos los primeros estudios que se interesan por las mujeres de la Antigüedad, ya sea prestando atención a aspectos meramente anecdóticos de sus vidas, ya sea poniendo el foco en figuras femeninas que son consideradas como un ejemplo moral, tal y como se observa en los trabajos de Clarisse Bader, *La femme grecque, étude de la vie antique* (1872), o Henri Blaze de Bury, *Les femmes et la société au temps d'Auguste* (1876). Paulatinamente surgirán también los primeros estudios que se interesan por las mujeres en relación con el poder político y que pondrán de manifiesto el carácter misógino tanto de las fuentes antiguas como de los historiadores contemporáneos. En

⁶ Acerca de buenas o malas mujeres en los textos clásicos griegos, véase Aguilar, 1996

este sentido, cabe destacar el artículo que Mary G. Williams dedica en 1902 a las emperatrices romanas.

En las primeras décadas del siglo XX tiene lugar una cierta renovación en la historiografía (de la mano de los primeros Annales, la historia social, etc.), con interés por nuevos temas y nuevos actores sociales, entre ellos, las mujeres. Esto, alimentado en un contexto de germen y desarrollo del movimiento feminista. Es a finales de la década de 1920 cuando Virginia Wolf publica su obra *Un cuarto propio*, en el que daba cuenta de cómo las mujeres habían quedado relegadas a los márgenes por la historiografía (Wolf, [1929] 1993: 63). En 1932, ve la luz la monografía de Grace H. Macurdy, *Hellenistic Queens: A Study of Woman-Power in Macedonia, Seleucid Syria, and Ptolemaic Egypt*, la cual se centra específicamente en las mujeres de las tres grandes dinastías helenísticas, constituyendo uno de los primeros trabajos, si no el primero, en torno a esta temática.

Al calor de la consolidación de los movimientos feministas tras la Primera y Segunda Guerras Mundiales comienza a gestarse una nueva corriente historiográfica conocida como la “Historia de las mujeres”. Es ahora cuando se empiezan a recuperar y a revalorizar figuras femeninas que, hasta entonces, habían sido relegadas al margen del relato histórico tradicional, reconociendo gradualmente sus aportaciones en distintos campos sociales, políticos y culturales. Como indica Henar Gallego Franco, las mujeres habían resultado invisibilizadas porque raramente habían podido acceder al poder explícito, hecho que fue denunciado a finales de los setenta por Renate Bridenthal y Klaudia Koonz en su obra, *Becoming Visible: Women in European History* (Gallego Franco, 2024: 418).

A partir de los setenta y, especialmente de los años ochenta de ese mismo siglo, comienzan a surgir los “Gender and Women Studies” o lo que es lo mismo, los denominados estudios “de género”, que amplían el ámbito de estudio de la “Historia de las mujeres” para incluir otras identidades y relaciones de género y examinar cómo las categorías de género han condicionado tanto las representaciones historiográficas como la interpretación de los eventos y procesos históricos.

Ambas corrientes, “Historia de las Mujeres” y los estudios “de género” tendrán un notable impacto en los estudios del mundo antiguo. Así, una obra pionera en esta línea dentro del campo de las investigaciones sobre la antigua Grecia será el trabajo de Sarah B. Pomeroy,

Goddesses, Whores, Wives, and Slaves. Women in Classical Antiquity (1975)⁷, en el que esta autora revisa el papel de las mujeres en el mundo griego y romano, así como la diversidad de sus experiencias en función de su estatus social, posición económica y ocupación. Por su parte, Helen King, en su obra, *Hippocrates' Woman. Reading the Female Body in Ancient Greece* (1998), profundiza en la influencia que el pensamiento médico griego tuvo sobre la concepción del cuerpo femenino y cómo esto influyó en las estructuras sociales y políticas de esta época.

En las últimas décadas las investigaciones de género para el mundo griego y romano han recibido un gran impulso, destacando, entre otros, los trabajos de Sandra Boehringer, Violaine Sebillotte-Cuchet y Natalie Ernoult dedicados al género, el cuerpo y la sexualidad en el mundo griego (Sebillotte-Cuchet & Ernoult, 2007; Boehringer & Sebillotte-Cuchet, 2015), Miriam Valdés Guía, sobre mujer y religión en la antigua Atenas (Valdés Guía, 2007; 2017; 2020; 2023) o, más recientemente, el volumen editado por Aida Fernández Prieto y Unai Iriarte sobre (in)visibilidad, vulnerabilidad y agencia femenina en la Grecia antigua (Fernández Prieto & Iriarte Asarta, 2024). Por lo que respecta específicamente al mundo helenístico, los estudios sobre la realeza femenina han experimentado también un extraordinario desarrollo desde finales del siglo pasado y, especialmente, en los últimos años, tal y como evidencian los trabajos que Elizabeth D. Carney (1988), Anne Bielman Sánchez (2012; Bielman Sánchez & Lenzo, 2016) y Tara Sewell-Lasater (2020) dedican a las reinas helenísticas. Amparo de la Fuente Arroyo, por su parte, ha dedicado algunas de sus investigaciones a Cleopatra VII y a la utilización de los dioses en la legitimación de la realeza helenística (Arroyo, 1999; 2013). De Cleopatra VII y de su imagen como “mujer fatal” también ha tratado Rosa Cid, en un trabajo mencionado ya anteriormente (Cid, 2000); mientras que Ernesto Gabriel Sánchez Barragán ha puesto su atención en la articulación del poder femenino en Macedonia y en las siete reinas helenísticas denominadas Cleopatra (Sánchez Barragán, 2017; 2018). No obstante, María Dolores Mirón ha sido la autora que, dentro del panorama nacional, ha contribuido en mayor medida al estudio sobre la autoridad y el papel de las mujeres en las realezas helenísticas (Mirón, 1998; 2010; 2011; 2012; 2015; 2017).

En definitiva, todo lo anterior no es, sino prueba del gran desarrollo e impulso que han recibido y están recibiendo los estudios sobre la mujer, el género y la reginalidad en el mundo antiguo y, en particular, en el mundo griego, especialmente en la etapa helenística. En el

⁷ Para la realización de este trabajo nos hemos servido de la edición en lengua castellana publicada en 1990 (ver sección “bibliografía”).

siguiente apartado, trataremos de aproximarnos brevemente al contexto que envuelve a las dinastías helenísticas y al modo en el que se configuran la autoridad y el poder femeninos en el seno de estas monarquías.

3. MARCO CONTEXTUAL: EL MUNDO DE LAS REALEZAS HELENÍSTICAS

3.1. Las realezas helenísticas: entre la herencia de Alejandro y la creación de un “nuevo” cosmos griego

Tras la muerte de Alejandro Magno en el 323 a.C., sus antiguos generales se reparten, no sin conflicto, los territorios conquistados por este. Se inicia entonces un periodo marcado por luchas y enfrentamientos constantes que culmina con la creación de tres grandes reinos helenísticos: el reino de Macedonia, gobernado por la dinastía Antigónida, tras la proclamación de Antígono *Monofthalmos* y su hijo Demetrio *Poliorketes* como monarcas (*basilei*) en el 306 a.C.; el Seleúcida, que recibe el nombre de su fundador, Seleuco I; y el reino de Egipto, a cuyo frente se sitúa la dinastía Lágida o Ptolemaica, tras proclamarse Ptolomeo I como *basileus* en torno al 305 a.C. (Lozano Arminda, 1989:7-10; Das Candeias Sales, 2011:135).

Estas nuevas monarquías, si bien sufrirán una evolución diferente a lo largo de su historia, presentan unos rasgos similares. Entre estos destaca, en primer lugar, el hecho de que el poder es ejercido de forma casi “absoluta” por el rey, pero teniendo que apoyarse en las élites del ejército macedonio constituidas por los denominados *hetairoi* o “compañeros”, la aristocracia guerrera que conforma el núcleo de la caballería pesada macedonia y, posteriormente, en los denominados *philoï* o “amigos” del monarca, pero con un significado de reciprocidad. Los *philoï* fueron esenciales en el gobierno del Egipto Lágida para mantener el gobierno y la estabilidad sobre todo con los primeros Ptolomeos. Eran asesores y partidarios leales del monarca que gozaban de su confianza. Esa lealtad se veía recompensada con concesiones de todo tipo por parte del rey, desde tierras, riquezas o altos cargos. Tenían pleno poder y autoridad, pero no tenían rango ni título formal. Con el tiempo, estas redes de *philoï* constituyeron poderosas familias que llegaron a dominar la administración del reino por lo que los monarcas fueron procurando depender menos de estas redes favoreciendo la creación de una aristocracia dentro de la política ptolemaica (Sewell Lasater, 2020:49).

El rey, para consolidar su autoridad y legitimidad, a imitación de Alejandro Magno, tendría que mostrar su valía en el combate, poniéndose al frente de las tropas y asegurando la victoria, mostrándose, así, como un comandante victorioso. La victoria militar le aseguraba riquezas con las cuales ganarse el favor de sus hombres y de sus *philoí*, lo que implicaría una concepción del reino como su patrimonio personal ganado a través de la conquista (Rostovzef, 1967:148-156). Este punto, enlaza con un tercer rasgo compartido, que es el de la inestabilidad política que, con frecuencia, caracterizó a estos reinos y que, no pocas veces, tuvo su germen en los conflictos surgidos en el seno de la propia familia real. En el caso de la dinastía Lágida, esas luchas internas fueron continuas y la mayoría de las veces vinieron dadas por las intrigas para elevar al poder a uno u otro heredero (Sánchez Barragán, 2018: 50-51; 91-92). Como veremos más adelante, mucho tuvo que ver en esta situación la poligamia de los primeros monarcas, pero también las ambiciones políticas de otros reinos, con los que podían existir vínculos matrimoniales, que buscaban, precisamente una alianza para favorecer esta precaria estabilidad. Característica de estas realezas fue, asimismo, la influencia del elemento griego. Si bien, por un lado, los monarcas helenísticos reivindicaron su origen macedonio, vinculándose, así, al gran Alejandro, por otro, se presentaron como promotores de la cultura griega, favoreciendo, en menor o mayor grado, la “helenización” de los territorios conquistados. Este hecho no impidió que, como parte de su política de legitimación ante sus súbditos locales, también se presentaban como sus gobernantes tradicionales. En el caso del reino Ptolemaico se produjo una “fusión” entre costumbres egipcias y greco-macedonias. Así, por ejemplo, se fundaron ciudades cuya función era difundir la cultura griega (tal es el caso de Alejandría), pero que también fueron punto de encuentro con la cultura autóctona, lo cual fue una de las claves del éxito de esta dinastía (Das Candeias Sales, 2011: 137). Aspecto igualmente importante en la legitimación real del monarca helenístico fue su vinculación con la divinidad, siguiendo también en este sentido la estela del propio Alejandro Magno, quien había sido reconocido, precisamente en Egipto, como hijo de Zeus-Amón. En este reino, los reyes Lágidas adoptaron el antiguo papel de los faraones, presentándose como intermediarios entre los dioses y los hombres y asimilando su persona a la de ciertas divinidades, lo que les hizo ganar la aceptación de la población local⁸. A esto contribuyó también —tanto en esta como en otras dinastías— el desarrollo por parte de los monarcas y de su círculo de acciones evergéticas o “benéficas”

⁸ Los primeros en recibir culto como dioses hermanos fueron Ptolomeo II y su esposa y hermana Arsínoe II, quienes recibieron el título de dioses Filadelfos (*Theoi Philadelphoi*).

dirigidas por igual hacia sus gobernados (locales o greco-macedonios) que a poblaciones fuera de sus dominios; unas acciones en las que, como veremos, tuvieron un papel especialmente destacado las mujeres de la corte real.

3.2. Poder y autoridad femenina en las emergentes monarquías helenísticas

La época helenística dio lugar a cambios fundamentales, especialmente en lo que respecta a la ampliación de fronteras, lo que supuso, a su vez, cambios económicos, sociales, políticos y culturales que afectaron a la posición de hombres y mujeres en dichas sociedades. Así, mientras en la Grecia clásica, por lo general, las mujeres estaban excluidas de la participación política más allá del ámbito religioso (Valdés Guía, 2022: 1-10), en la época helenística su situación, al menos en el caso de aquellas pertenecientes a familias acomodadas o próximas al círculo real, sería muy diferente, aunque también es cierto que ellas se dispone más información que para épocas anteriores. En opinión de S. Pomeroy, este cambio puede relacionarse con el impacto que ejercieron las mujeres de la realeza helenística sobre los autores de la época o con su actividad política (Pomeroy, 1990: 141). De hecho, en ciertas regiones de la periferia griega, las mujeres tuvieron derechos más amplios que en otras zonas del mundo griego, como Atenas, y su papel y lugar dentro y fuera del ámbito familiar resultaron determinantes. Este sería el caso Olimpia, princesa epirota, esposa de Filipo II de Macedonia y madre de Alejandro Magno, quien no solo ejerció una influencia crucial en su hijo durante su juventud, sino que posiblemente favoreció el ascenso de este al trono, participando también en las luchas dinásticas tras la muerte de este mostrando una gran capacidad política y de liderazgo⁹. Para E. Sánchez Barragán la visibilidad que adquirieron las reinas helenísticas tuvo que ver con el carácter militar y la inestabilidad política de dichas monarquías, pues los conflictos entre los diferentes monarcas permitieron a las reinas hacerse con una parcela de poder, especialmente en ausencia de sus maridos, a semejanza de las reinas homéricas (Sánchez Barragán 2017: 115). Ello explicaría la relevancia de las reinas macedonias en la corte real y su influencia y legado en el resto de las reinas helenísticas posteriores, como ocurrió en el reino

⁹ Diego Chapinal recoge una anécdota que ilustra el carácter, la visión política y la fuerte personalidad de Olimpia. Esta anécdota tiene que ver con el envío por parte de Atenas de una comitiva al Epiro (donde ella era corregente junto con su hija) con la excusa de restaurar el espacio de culto destinado a la diosa Dione. Ella rechazó sus pretensiones, poniendo así en evidencia que ejercía el poder de forma directa y mostrando su capacidad de liderazgo (Chapinal-Heras, 2024: 249-263).

Seleúcida, en el Atálida y, por supuesto, en el reino Ptolemaico (Bielman Sánchez, 2015: 43-44).

No obstante, el concepto de “reina” en la Antigüedad era muy diferente al concepto actual. Así, por ejemplo, los reyes helenísticos, especialmente las monarquías epirota y macedonia, sobre todo en sus inicios, practicaron la poligamia, no habiendo, además, una clara jerarquía entre las diferentes esposas reales. Las fuentes griegas emplearon, en un primer momento, el término “reina” (*basilissa*) para denominar indistintamente a cualquiera de las esposas del rey actual, pero también a las esposas del rey anterior, o a las esposas del heredero, sin considerar el momento de la unión matrimonial o el poder que tuvieran estas mujeres (Bielman Sánchez, 2015:43). Además, en un origen, las reinas no ostentaron un título ni papel institucional y su poder se basaba únicamente en su parentesco con el rey; un parentesco que pronto se convertiría en un elemento clave.

A la muerte de Alejandro en el 323 a.C., los conocidos como “Diádocos” o “sucesores”, esto es, los antiguos generales del rey macedonio, intentaron atribuirse la herencia de este a través de uniones matrimoniales con las mujeres de la dinastía. Así, por ejemplo, Casandro (305-297 a.C.) se casó con Tesalónica, hija de Filipo II (359-336 a.C.) y hermanastra de Alejandro; mientras que otra de las hijas de aquel, al enviudar, fue pretendida como esposa por otros oficiales del ejército (Bielman Sánchez, 2003: 45). De cualquiera de las maneras, las mujeres solo eran un instrumento más en manos del rey, normalmente utilizadas en estrategias matrimoniales. Estos monarcas intentaron resaltar el lugar de las reinas en sus familias, incluso convirtiéndolas en elementos clave de la propaganda real, aunque su papel siguiera estando restringido al ámbito familiar. No obstante, y dado que estas figuras contribuían a fortalecer el prestigio de la dinastía y transmitían y otorgaban la legitimidad, se hizo necesario crear un título femenino real. En la dinastía Argéada (a la que pertenecían Filipo y Alejandro), las reinas, como ya hemos adelantado, no tenían título real y, de hecho, el uso del término *basileus* para describir a los reyes macedonios anteriores a Alejandro Magno no fue muy frecuente. A partir del año 306 a.C., los Diádocos comenzaron a adoptar el título de *basileus* y pronto les seguirían sus mujeres. De estas, parece que la primera en ostentar el título de *basilissa* fue Fila, esposa de Demetrio Poliorcetes (294-288 a.C.). Apama, primera esposa de Seleuco I (305-281 a.C.), también ostentaría ese título, según una inscripción datada aproximadamente del 299 a.C. (*I. Didyma*, n° 480; *SEG XXVI*, 1234.Cf. Bielman Sánchez, 2003: 51); por el contrario, Estratonice, segunda esposa de Seleuco es posible que no recibiera dicho título hasta después

de su posterior matrimonio con Antíoco (292-261 a.C.), hijo del anterior. En cuanto a las reinas sin sangre real, como Apolonis de Pérgamo (ca. 241-197 a.C.) o Eubea, con la que el Seléucida Antíoco III *Megas* (222-187 a.C.) contrajo matrimonio hacia el 192 a.C., no parece que portaran el título (Bielman Sánchez, 2003: 51).

Es posible, además, que el título de *basilissa* se concediera con una ceremonia oficial, lo que supone un auténtico hito, ya que implicaba el reconocimiento público de la realeza femenina junto a la masculina, legitimaba su descendencia y reforzaba su prestigio, aunque sin poder efectivo. Todo ello significaba también que la reina lo era por el hecho de ser la consorte del rey. Desde el estatus conferido por el título, y a pesar de ser un personaje secundario, las reinas helenísticas aprovecharon la oportunidad para, no solo asentar la dinastía, sino obtener su propio prestigio e incrementarlo mediante instrumentos que veremos en profundidad a través del ejemplo de la dinastía Lágida, pero que resultan en cierta medida comunes a todas las dinastías. Entre instrumentos estarían las propias políticas matrimoniales, las donaciones y “obras benéficas”, a veces financiadas incluso con su propio patrimonio (pues algunas disponían de grandes dotes y fortunas, lo que les confería una independencia económica), la mediación en conflictos y negociaciones o con obras que manifestaban su piedad religiosa. Sin embargo, son los hombres los que siguen teniendo el poder político. ¿Cómo entonces van construyendo poco a poco su autoridad las reinas helenísticas?, ¿sobre qué bases la van a ir asentando? Para poder analizar estas cuestiones en profundidad, nos centraremos en el modo en el que las reinas Ptolemaicas fueron articulando su poder.

3.3. El nacimiento del Egipto Lágida

Egipto era en la Antigüedad un territorio con unas fronteras algo difusas. Comprendía una larga y estrecha franja de terreno muy fértil a lo largo del río Nilo rodeada de desierto. La mayoría habitaba en el área que iba desde Asuán hasta el delta, zona que concentraba la mayor densidad de población repartida en pequeñas aldeas y ciudades. En los últimos trescientos años, hasta la conquista por Alejandro Magno, sus gobernantes habían sido extranjeros; los últimos, los persas aqueménidas. Quinto Curcio Rufo refiere que, cuando Alejandro Magno, en el año 332 a.C., se apodera de Egipto, los egipcios vieron en ello una liberación respecto de los persas:

Los egipcios, ya desde hacía tiempo hostiles a la dominación persa (eran de la opinión de que se les había estado gobernando con codicia y con orgullo), habían levantado su ánimo con la esperanza de la llegada de Alejandro; de hecho, habían recibido con los brazos abiertos a Amintas.

El apoyo del clero fue fundamental para Alejandro. La visita al oasis de Siwa, donde se encontraba uno de los oráculos más importantes de la parte oriental mediterránea, fue determinante, pues allí se le reconoció como hijo de Zeus-Amón y, por tanto, “señor de las dos tierras” al igual que en momentos anteriores ocurría con el faraón (Curt. 4.7.5-6). Este hecho no fue trivial, ya que era la primera vez que se reconocía a un extranjero como hijo de Zeus-Amón, lo que unía la cultura egipcia con la griega. Tras su coronación en Menfis como faraón, Alejandro fundó en el Delta una nueva ciudad: Alejandría, que se convertiría en una de las ciudades más importantes de la época helenística (Curt. 4.8.1-2).

Alejandro partió de Egipto dejando la administración en manos de Cleómenes de Náucratis, aunque tras la muerte del macedonio y las luchas entre sus sucesores, esta región quedaría bajo el mando de Ptolomeo (primero en calidad de sátrapa o gobernador y, finalmente, desde el 305 a.C., como monarca). Para consolidar su poder en Egipto, Ptolomeo I se vio obligado a apoyarse en el ejército y marina heredados de Alejandro, así como en las élites griegas y macedonias, de las cuales se convirtió en benefactor, otorgándoles una posición privilegiada en la administración del territorio. Fue ahora, además, cuando se fundaron nuevas colonias militares y civiles, que permitieron asentar a población greco-macedonia. No obstante, el pueblo egipcio constituía el grueso de la población y la casta sacerdotal seguía gozando de gran poder e influencia, por lo que para ganarse el favor de la población local y, sobre todo, de los sectores más poderosos de esta, Ptolomeo se vio obligado a adoptar la religión y los cultos tradicionales (que se sincretizaron con los griegos) y a beneficiar a la casta sacerdotal y a las élites locales que controlaban la producción y la recaudación de impuestos. De la fuerza del “alto clero” egipcio nos habla, precisamente, Diodoro Sículo:

...dividido todo el territorio en tres partes, la primera porción la tiene la clase de los sacerdotes, afortunada con la mayor consideración entre los nativos por su cuidado de los dioses y porque esos hombres demuestran, por su educación, la mayor inteligencia.

(Diod. Sic. 1.73.1-3)

Si bien, por un lado, los recién llegados se consideraban herederos de Alejandro, y Egipto era visto como un país conquistado y, por tanto, de su propiedad; por otro, una vez establecidos en el país, los nuevos reyes también pasaron a considerarse y presentarse como

¹⁰ Para los autores y obras clásicas se ha seguido el sistema de abreviaturas recogido por *el Oxford Classical Dictionary (OCD)* en su cuarta edición.

herederos y sucesores de los faraones e hijos de Amón-Ra, y así fueron reconocidos por la casta sacerdotal y también por sus súbditos griegos, estableciendo para este fin un culto oficial como había ocurrido anteriormente con Alejandro Magno.

En conclusión, Ptolomeo I supo integrar a la perfección las instituciones y costumbres egipcias con las greco-macedónicas para poder gobernar y controlar el país, situando la figura del rey-faraón como centro de ellas, con el apoyo de las élites egipcias y las greco-macedonias, e incorporando un fuerte componente de idealización de la figura del monarca (Das Candeias Sales, 2011: 135). Ese componente de idealización en su persona se traduce en el epíteto recibido: *Soter*, que podría traducirse como “salvador”.

4. LA CONSTRUCCIÓN DEL PODER FEMENINO EN EL INTERIOR DE LA CORTE LÁGIDA

Como se viene exponiendo en este trabajo, las mujeres Lágidas son el resultado de la fusión cultural de la sociedad egipcia sobre la que reinan con su herencia griega. No es posible explicar cómo estas construyeron su autoridad y poder sin tener en cuenta ambos factores. Por un lado, la herencia griega establecía que el papel de la mujer en la sociedad era proporcionar al estado nuevos ciudadanos mediante la maternidad. En ese sentido, el papel de las reinas Lágidas no fue muy diferente, pues su función principal era engendrar al heredero del rey. Por otra parte, la sociedad egipcia de la época se caracterizaba por una mayor “igualdad” entre hombres y mujeres. Para empezar, el estatus jurídico de la mujer era muy similar al de un hombre, además, las niñas recibían la misma educación que los niños e incluso podían acceder a una serie de profesiones. Las mujeres egipcias tampoco estaban sometidas a la tutela que sufría la mujer griega (ateniense) de época clásica, e incluso parece ser que tenían libertad para elegir esposo respetando algunas condiciones (Desroches Noblecourt, 1999: 183-192).

Las mujeres del círculo real Lágida podrían, además, haber contado con el apoyo de cortesanos varones que les ayudaran a cumplir sus ambiciones políticas (Bielman Sánchez, 2017:407-408). Esta tendencia fue heredada tanto de la tradición egipcia como macedonia. Las mujeres Lágidas podían disponer de su propio patrimonio con el que financiar redes de *philoí*, hombres leales que, gracias a su lealtad y servicios prestados, eran premiados con cargos

importantes en la corte¹¹. Así, por ejemplo, sabemos que Arsínoe II obtenía ingresos del pescado en el lago Moeris, mientras que Cleopatra II transportaba el grano real mediante barcos de su propiedad (Sewell-Lasater, 2020: 54-55).

Sin embargo, a pesar de gozar de poder económico y de una red de *philoí* leales a ellas, los varones de la dinastía eran los que ostentaban el poder político real y efectivo. ¿Cómo consiguieron entonces las reinas de esta dinastía crear poco a poco su propio espacio de poder?

Para poder entender este punto, hay que diferenciar, como indica Amelia Valcárcel (1997:114) entre “poder explícito” e “inexplícito”. El primero de estos conceptos haría referencia al ejercicio legítimo del poder político, en manos de los hombres; mientras que, el segundo, aludiría a la capacidad de influir en un individuo con poder. En un sistema patriarcal como el de las sociedades antiguas, las mujeres apenas podrían detentar el primero, pero, en cambio, sí que podrían ejercer el segundo. Por su parte, Anna Jónasdóttir (1993: 56) sostiene que las mujeres podrían influir en muchísimos aspectos de la vida, pero cuando intentaban ejercer autoridad se encontraban con una oposición frontal, de manera que las reinas pudieron influir y participar en la vida pública, pero la mayoría de las veces el poder estuvo en manos de los hombres, aunque haya ejemplos de reinas que detentaron el poder en solitario. Por tanto, la autoridad de las reinas Lágidas, especialmente en el inicio de la dinastía, se fundamentaba en la capacidad de influir sobre el rey basándose en su cercanía con él como esposa o como madre.

4.1. Las relaciones de parentesco y las políticas matrimoniales

En la Antigüedad, poder político y religioso solían ir unidos, y así como en las dinastías egipcias anteriores a la llegada de los Ptolomeos el faraón era un dios viviente, en el Egipto de los Lágidas el faraón-*basileus*, identificado simbólicamente con Osiris, continúa siendo objeto de culto, el cual se extenderá también a la esposa real, a quien se identifica con la hermana y consorte del dios Osiris, Isis (Fig 2).

Con carácter general, en el Egipto anterior a los Lágidas, la gran esposa real solía ser la madre del futuro faraón. Por línea materna también se transmitía el carácter divino de este. Esta idea implicaba que la esposa real y, por tanto, la madre del futuro faraón, debería ser, a su vez, hija de otro faraón para poder transmitir la sangre real y divina a los hijos del faraón actual. En

¹¹ El apoyo de estos *philoí* podía resultar, no obstante, un arma de doble filo, pues estos favores que les otorgaban los monarcas podían hacer de ellos en hombres muy poderosos, constituyendo una potencial amenaza si esa lealtad dejaba de existir o si decidían traicionar a su benefactor.

consecuencia, el heredero de la corona debía de ser, en la medida de lo posible, hijo de la gran esposa real. En el caso de que este (por las razones que fueran) fuera hijo de una esposa secundaria, se hacía necesario que contrajera matrimonio con una hermanastra que fuera hija de la pareja real para, de este modo, ser dotado del aura sobrenatural que debía investir al faraón. Los reyes Lágidas aplicaron este principio, llegando al matrimonio entre hermanos a imitación de Isis y Osiris, pero también de Zeus y Hera. El incesto real permitía transmitir tanto la divinidad del padre como la de la madre (Desroches Noblecourt, 1999:30).

Este Cimón se casó con su propia hermana Elpinice como posteriormente hizo Tolomeo con Berenice y antes de ellos había hecho Zeus con Hera, y como en nuestros días es costumbre de los persas.¹²

(Diod. Sic. 10.31)

Aunque la monarquía establecida por los Lágidas era hereditaria, no existían normas claras en materia de sucesión. Además, como hemos apuntado anteriormente, en un principio, por su herencia macedonia (pero también egipcia), los reyes eran polígamos, práctica que podía situar en una posición inestable a las esposas reales, quienes en cualquier momento podían verse sustituidas por otra esposa, que pudiera tener otros hijos y, con ello, hacer peligrar la posición del heredero del trono, amenazando la continuidad y estabilidad de la dinastía al encontrarse con distintos candidatos a la sucesión. Los reyes Lágidas intentarán terminar con esa inestabilidad estableciendo ciertos mecanismos, como la creación del título de “reina” (*basilissa*), el fin de la poligamia y la recuperación de la práctica del incesto.

El título de *basilissa* en sí no suponía un cargo oficial, pero sí un cierto reconocimiento, en tanto que transmisora de la legitimidad del poder y la continuidad y sucesión de la dinastía. Las reinas Berenice I y Berenice II fueron, de hecho, las primeras reinas Ptolemaicas en servirse de este título empleado como método de legitimación y que será utilizado también en las monedas (Sewell Lasater, 2020: 33) (Fig 3). Además, el título de *basilissa*, conllevaba igualmente ser la madre del rey o del futuro rey lo que otorgaba a la esposa real la posibilidad de tener un enorme poder. La madre del rey tenía una autoridad moral sobre él y, por tanto, gran capacidad de influencia. De hecho, algunas madres gobernaron en nombre de sus hijos en ausencia o muerte del rey actuando como regentes durante su minoría de edad o cogobernando con ellos una vez alcanzada la adultez (Bielman Sánchez, 2012:59).

¹² Quizá se refiera al matrimonio de Ptolomeo I *Soter* con Berenice I, su medio hermana, él procedente de la unión de su padre Lago con Arsínoe y, ella, del matrimonio de Lago con Antígona.

No obstante, el papel de la esposa real se iría acrecentando progresivamente. De tener un poder que dependía solamente de su posible influencia sobre el monarca, como ocurrió en los primeros tiempos de la dinastía (entre los reinados de Ptolomeo I a Ptolomeo V, *ca.* 305-180 a.C.), pero sin ningún poder efectivo (casos Berenice I o Arsínoe II), se irán produciendo ciertos cambios que se harán más evidentes, como se puede constatar con Cleopatra I y su hija, Cleopatra II (*ca.* 180-115 a.C.), en lo que respecta tanto a su posición institucional (reflejada en los títulos conferidos en la documentación oficial) como en sus acciones en política interior y exterior)¹³. Es a partir de este periodo que se observa, de hecho, una mayor aceptación de la presencia femenina en el poder, siempre que estuviera vinculada a una figura masculina. Sin embargo, el acceso al poder explícito y real (en solitario) seguiría siendo un fenómeno excepcional y generalmente transitorio, que ocurría solamente en circunstancias extraordinarias. Junto al caso de la famosa Cleopatra VII (47-30 a.C.) (Figs. 4a y 4b), tenemos ejemplos de otras reinas que ejercieron el poder directamente, así, Berenice III, gobernó en solitario por un corto periodo de tiempo tras enviudar de su esposo Ptolomeo X (*ca.* 80 a.C.) (Bielman Sánchez 2012: 62-63), como también lo hicieron Cleopatra *Triphena* (80/79-69 a.C.) y Berenice IV (posiblemente madre e hija), entre el 58 y el 55 a.C., coincidiendo con el momento en el que el pueblo de Alejandría se levantó contra Ptolomeo XII *Auletes* (55-51 a.C.).

Junto al reconocimiento del título real, el abandono de la poligamia y la recuperación de la práctica del incesto contribuyeron igualmente a reforzar la posición de las reinas Lágidas. El primero en instaurar el matrimonio real entre hermanos fue Ptolomeo II *Philadelphos* (285/4-246 a.C.), desposado en primeras nupcias con Arsínoe I, hija de Lisímaco de Tracia (288-281 a.C.), uno de los generales de Alejandro, y de Arsínoe II, su hermana. Tras la muerte de Lisímaco, Arsínoe II se vio obligada a huir primero a Éfeso y luego a Casandreia (Macedonia), donde Ptolomeo Cerauno, hermanastro suyo, reinaba (281-279 a.C.). Viendo su vida peligrar, después de que este asesinara a sus dos hijos, Arsínoe II huyó refugiándose en Alejandría. Una vez instalada en Egipto, se dice que ésta se dedicó a intrigar hasta que Arsínoe I fue repudiada acusada de conspirar contra su esposo, tras lo cual Ptolomeo se casó con Arsínoe II, su antigua suegra y hermana, cumpliendo con la tradición real egipcia.

¹³ Ambas figuras han sido muy bien estudiadas por A. Bielman Sánchez. (2012, 2016, 2017). Ejemplo de lo expuesto es cómo Cleopatra II a la muerte de su esposo Ptolomeo VI intentó mantenerse en el poder, pero no lo consiguió porque la población apoyó a su hermano Ptolomeo VIII, de modo que se vio obligada a casarse con él. Trece años más tarde, volvió a intentarlo proclamándose reina única frente a su esposo-hermano Ptolomeo VIII, incluso pidiendo ayuda a Demetrio II rey seleúcida, pero Ptolomeo se impuso y finalmente tuvo que refugiarse en Siria

Este Ptolomeo, enamorado de Arsínoe hermana suya por parte de padre y madre, se casó con ella, actuando en contra de la costumbre de los macedonios, pero de acuerdo con la de los egipcios.

(Paus, I.7.1)

Según Tara Sewell-Lasater, el matrimonio entre Ptolomeo II y Arsínoe II se produjo cuando esta última ya no podía engendrar debido a su edad y él ya tenía herederos, por lo que la autora se inclina a pensar que se trató de un acto de propaganda dinástica dirigido a la población egipcia (Sewell-Lasater, 2020: 63-68). Además, Ptolomeo II y Arsínoe II recibieron el título de “dioses filadelfos” (“dioses hermanos que se aman mutuamente”), asimilándose de este modo a Isis y Osiris. Paralelamente, para justificar esta práctica ante los greco-macedonios acudieron también a la mitología griega, asimilándose a Hera y Zeus. G. Macurdy, por su parte, habría sugerido que la idea podría haber partido de la propia Arsínoe, a quien considera una de las mujeres con más influencia política junto con Cleopatra VII y Olimpia (Macurdy, 1932:111).

Esta nueva costumbre fue imitada posteriormente por la mayoría de los reyes Lágidas, de forma que, tras Ptolomeo III *Euergetes* (246-222 a.C.), el incesto real estaba asentado. Los reyes posteriores, salvo Ptolomeo V *Epiphanes* (204-180 a.C.) lo practicaron, bien con sus hermanas o con sus sobrinas. Así, por ejemplo, Cleopatra II se casó con su hermano Ptolomeo VI *Philometor* (163-145 a.C.), y una vez fallecido este, se casó con su también hermano Ptolomeo VIII (145-132 a.C. y después del 127 al 116 a.C.). Este, por su parte, asesinó al hijo de Cleopatra II para reinar él mismo, tras lo cual se casó con su sobrina, Cleopatra III. En la misma línea, Ptolomeo IX *Soter* (88-91 a.C.) se desposó con Cleopatra IV, hermana suya, mientras que Cleopatra V lo hizo con Ptolomeo XII *Auletes* (80-58 a.C. y 55-51 a.C.), y por supuesto, la más célebre de todas las Cleopatras, Cleopatra VII *Philopator* estuvo casada con dos de sus hermanos, Ptolomeo XIII (51-47 a.C.) y Ptolomeo XIV (47-44 a.C.).

El incesto real fue una estrategia política acertada. Adoptar esta tradición egipcia facilitó que la población autóctona aceptara la autoridad real, y gracias a ello pudieron consolidar su poder. Por otra parte, el empleo de prácticas culturales y religiosas que daban una impronta divina al monarca, junto con el establecimiento de una monarquía hereditaria permitieron la estabilidad de ésta. La divinidad del *basileus/basilissa* se vio reforzada debido no solo al matrimonio real entre hermanos, sino también a que sus roles en el ejercicio del poder se complementaban. La reina, es presentada con un papel tradicional propio de su género, es decir,

como hermana fervorosa, encarnando el amor y la lealtad. Ello reforzaba la imagen dinástica. Su respaldo y colaboración con el rey iban más allá de lo simbólico, pues su presencia en la Administración y su representación de la monarquía le permitió influir en asuntos políticos y religiosos, lo que no solo reforzó la autoridad del monarca, sino que amplió las actuaciones de la reina dentro de la estructura de poder. Al mismo tiempo, la percepción de la pareja real como unidad indisoluble en el gobierno permitió asegurar una continuidad política, reforzando aún más el prestigio de la monarquía sobre sus súbditos.

4.2. La actividad evergética

El fenómeno del evergetismo tiene sus raíces ya en la Grecia clásica, aunque es en época helenística cuando este se desarrolla especialmente (Mirón, 2011: 245). El término evergesía proviene del griego εὐεργεσία (*euergesia*), que habitualmente se traduce como “buena obra”, “hacer un favor” o “beneficiar”, aunque lo cierto es que se trata de un concepto muy amplio que puede aludir a cualquier tipo de acto (Mirón, 2011: 244). En el contexto de este trabajo, el término es empleado para aludir a las obras “benéficas” (donaciones, servicios) realizadas por los monarcas helenísticos con objeto de beneficiar y procurar el bienestar a su pueblo en general o a un determinado colectivo. Hay que remarcar, no obstante, que las prácticas evergéticas no solo se dirigieron a los súbditos de su reino, sino también a otros territorios o ciudades-estado con el propósito de extender en estos su poder e influencia (Mirón, 2011: 251). *Euergetes* o *Soter*, son, de hecho, los dos sobrenombres más utilizados por los reyes Lágidas, quienes se sirvieron de las obras evergéticas para legitimar su poder y alcanzar popularidad (Mirón, 2011: 245). El primer rey Lágida que recibió el apelativo *euergetes* (“benefactor”) fue Ptolomeo III (246-221 a.C.), quien, en el contexto de la Tercera Guerra Siria (246-241 a.C.), se granjeó la popularidad del pueblo egipcio al devolverle objetos sagrados de los que los persas les habían despojado. Este mismo rey llevó a cabo también otras iniciativas que pueden encuadrarse dentro de las prácticas del evergetismo, como la promulgación de leyes que favorecieron a sus súbditos, medidas que beneficiaron a los templos o mecanismos de auxilio para paliar situaciones de escasez de alimentos. Su esposa, Berenice II, recibió también el mismo sobrenombre (Mirón, 2011: 243). En este sentido, es importante apuntar que las mujeres de la realeza, al igual que sus homólogos masculinos, ejercieron un papel igualmente importante como evergetas, tanto en el interior como en el exterior de sus reinos, lo que les permitió influir y obtener cierto poder político. Estos actos de evergesía, llevados a cabo por iniciativa propia

o por indicación del rey, tuvieron un impacto doble: por un lado, contribuyeron a la legitimación del poder de los monarcas; por otro, y al mismo tiempo, permitieron a las mujeres de la realeza adquirir gran visibilidad pública acrecentando su propio prestigio.

Dolores Mirón clasifica las acciones evergéticas llevadas a cabo por las reinas helenísticas en dos tipos: de devoción religiosa y piadosa, por un lado, y de patronazgo cívico, cohesión social y diplomacia, por otro (Mirón, 2011: 251-269). En este subapartado únicamente nos centraremos en las acciones enmarcadas dentro de este segundo tipo, ya que de las prácticas evergéticas vinculadas al ámbito de la religión y piedad religiosa trataremos en el siguiente punto.

Las mujeres de la realeza desempeñaron, con frecuencia, el papel de protectoras de sus súbditos, llegando a actuar como intermediarias entre el pueblo o ciertos individuos y el rey¹⁴. De este modo, las reinas se mostraban incluso como más justas que sus esposos, ofreciendo una imagen “maternal”; una imagen que, por otra parte, perpetuaba el papel tradicional de la mujer en el ámbito familiar, pero ahora fuera de este, y a la que M^a. D. Mirón se refiere como “la cara amable del poder” (Mirón, 2013: 169-190).

Mención especial dentro de las acciones evergéticas de las reinas son aquellas iniciativas encaminadas a favorecer el matrimonio de las mujeres (ciudadanas) jóvenes pobres, costeando el precio de su dote, con el fin de que estas pudieran cumplir con su papel de esposas y madres de futuros ciudadanos.¹⁵ Junto a este tipo de acciones, también encontramos a las reinas interviniendo en situaciones de emergencia, tal y como ocurrió entre los años 43 y 42 a.C., en los que se produjo una fuerte crisis agrícola, que provocó una hambruna, a la que siguió una epidemia. En este contexto, Cleopatra VII tomó la decisión de abrir los silos reales y repartir grano entre la población para mitigar la situación (Sánchez Barragán, 2018:182-183). Pero, realizar estos actos de evergesía requería dinero. En este sentido, se ha planteado si el patrimonio invertido pudiera haber provenido del tesoro real, cuyo origen eran

¹⁴ Es el caso de Berenice II *Euergetes*, de la que se dice que viendo la poca atención que su esposo prestaba al escuchar las sentencias de los condenados a muerte, pidió que se dejara de leer la lista argumentando que el destino de un hombre, que otro tenía en sus manos, requería toda la atención por parte del segundo. Ael., *VH* 14.43; Macurdy, 1932: 130-136. Citados en Mirón 2011:260

¹⁵ Aunque no se han podido localizar ejemplos concretos para el Egipto Lágida hay evidencias similares en otras dinastías, como la Selúcida, por lo que es de suponer que prácticas similares se dieron también por parte de las reinas de Egipto. Este sería el caso de la reina Selúcida Laódice para con el pueblo de Iassos al que, la reina entregó una cantidad de trigo durante diez años que debería venderse a un precio determinado para sufragar las dotes de las ciudadanas pobres (*SEG* 26.1226; Shipley, 2000: 108; Ramsey, 2011: 512-513).

fundamentalmente los impuestos, o, si, por el contrario, las reinas se sirvieron de su propia fortuna, que podrían haber utilizado a voluntad¹⁶. El origen de ese patrimonio podía provenir tanto de donaciones de sus esposos como de dotes, o herencias familiares, dado que las mujeres podían heredar. Se desconoce a cuánto podía ascender el patrimonio personal de las reinas y cuánto de este podrían haber empleado en actos evergéticos, pero, podemos intuir, que aquellas dispondrían de grandes riquezas. Por poner algún ejemplo, sabemos que Berenice, hija de Ptolomeo II, en su boda con Antíoco II, aportó una dote de tal magnitud que fue denominada por ese motivo *Phenephoros*¹⁷; mientras que a Arsínoe II, su primer marido, Lisímaco, le concedió ciudades enteras, y su hermano, Ptolomeo II, le cedió las rentas de la pesca en el lago Moeris (Mirón Pérez, 2011: 272; Sewell-Lasater, 2020: 54-55). No obstante, no solo las reinas tuvieron patrimonio ni realizaron actos evergéticos, sino que también las mujeres pertenecientes a las élites locales, a imitación de las reinas, realizaron donaciones, lo que evidencia la creciente presencia de las mujeres en los actos públicos. Así, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo III a.C. una mujer de Mileto construyó en el santuario de los Grandes Dioses de Samotracia un *andron* (sala de banquetes) (*IG XII,8 229*; Mirón Pérez, 2017: 49) (Fig. 5). Las mujeres de las élites no podían acceder al poder político formal, de forma que los actos benéficos eran un modo de participar en lo público y conseguir el reconocimiento de la comunidad a imitación de las reinas (Mirón Pérez: 2011: 273).

Los actos de evergesía real solían ser correspondidos con la concesión de una serie de honores, incluyendo la creación de sacerdocios y cultos en honor a la reina. Aunque sobre esta cuestión volveremos en los siguientes subapartados, baste mencionar aquí el caso de Arsínoe II, en cuyo honor, en torno al 269/268 a.C., se creó un sacerdocio femenino en diferentes localidades de Egipto (*SEG I, 366*), o el de Berenice II, quien, junto con su esposo, el rey Ptolomeo III, recibió honores públicos en Cirene como “dioses evergetas” (*IGCyr063300*; *SEG XVIII, 734*).

Hay que tener muy presente, no obstante, que en su papel de “benefactoras”, las reinas siguieron actuando acorde con los roles tradicionales de género. En este sentido, sus acciones fueron, posiblemente, vistas como complementarias a las del rey, lo que explica su aceptación. Por tanto, las “buenas obras” de las reinas Lágidas no solo nos hablan de la participación

¹⁶ Cleopatra I, de origen seleúcida, recibió la Celesiria como dote. Un ingente territorio que Egipto ambicionaba anexionarse, y aunque no lo consiguió como propiedad, Cleopatra recibía las rentas de los impuestos de ese territorio (Bielman Sánchez, 2017: 407).

¹⁷ Su significado es “Portadora de la dote” en alusión a la ingente dote aportada al matrimonio.

femenina en el poder político, sino también de los límites establecidos para esa participación. En el siguiente subapartado pondremos el foco en el otro gran ámbito en el que se desarrolló la actividad evergética de las reinas helenísticas, en general, y de las Lágidas, en particular, que no fue otro que el religioso.

4.3. Relaciones con la divinidad

Según M^a. D. Mirón, la religión es una excelente atalaya desde donde analizar el poder y sus formas, especialmente el poder femenino (Mirón Pérez 2010:119-120). En lo que respecta a la dinastía Lágida, las mujeres procuraron que el sincretismo religioso jugara a su favor como plataforma desde la que poder actuar y ejercer su poder.

Los dioses griegos eran un reflejo de la sociedad patriarcal; una sociedad que, por lo general, buscaba limitar el papel de las mujeres a la esfera doméstica, pero que también les permitía participar, aunque fuera mínimamente, en la vida cívica a través de la religión y de las festividades religiosas, existiendo, de hecho, rituales reservados específicamente para las mujeres (Valdés Guía, 2007: 211-212; 2022: 1-10).

Como las manifestaciones de piedad hacia los dioses (*eusebeia*) y religiosidad eran virtudes muy valoradas en el mundo griego, pero también por la población local, los monarcas helenísticos y, en consecuencia, su familia, se aseguraron de presentarse como modelos de devoción religiosa a través de la participación en rituales y sacrificios, pero también mediante la práctica del evergetismo (financiando la construcción o reparación de templos, la celebración de festividades religiosas, dotando a ciertos sacerdocios, etc.). En lo que concierne a las reinas, sabemos, por ejemplo, que Laódice, esposa del rey seléucida Antíoco III, recibió culto (impulsado por este último) como premio por sus virtudes y piedad para con los dioses (Austin, 1981: 262-263, n° 158).

De igual modo ocurrió con la reina Apolonis de Pérgamo, quien, de hecho, recibió el epíteto de *eusebes* (piadosa), por sus donaciones para la construcción de edificios y templos para el culto a Deméter, lo que contribuyó a reforzar su imagen ante el pueblo como esposa, madre y suegra virtuosa (Mirón, 2021: 83-97). Los reyes y reinas Lágidas no fueron una excepción a la norma.

Favorecer a los dioses y a los templos, a la larga era beneficiar a la comunidad, por lo además de una muestra de piedad, era una forma de mostrar el poder y grandeza del monarca o

de la reina. Es por ello, que, junto a las donaciones llevadas a cabo en favor de templos y cultos locales, las reinas (y reyes) Lágidas, pero también de otras dinastías, realizaron también donaciones para santuarios localizados en otros lugares del mundo griego, como Delfos, Dídima y Delos. Delfos y Dídima eran sedes de importantes oráculos en la Antigüedad, mientras que Delos era el núcleo principal del tráfico de esclavos en el Mediterráneo, por lo que su presencia en este ámbito no sería solo una cuestión de propaganda, sino que vendría motivada también por un interés de tipo más económico (Mirón, 2011: 253). En esta línea, sabemos, por ejemplo, que Arsínoe III, junto a su esposo/hermano Ptolomeo IV, favoreció el festival cuatrianual de las Museia, celebrado en honor de las musas del Helicón (asociadas con Apolo) en la ciudad de Tespías, en la región de Beocia. Su aportación incluyó una dotación destinada a los premios para los vencedores en los concursos de ditirambos, tragedias y comedias. A cambio, los habitantes de Tespías erigieron una estatua en su honor en el santuario y acuñaron moneda con la efigie de Arsínoe III en el anverso y la lira (símbolo de Apolo y las musas) en el reverso. Arsínoe III también favoreció a otros santuarios ubicados en otros lugares de Beocia, lo cual demuestra que esta reina colaboraba con su esposo estrecha y directamente en política exterior. En este sentido, es posible aventurar que la actividad evergética de la reina estuviera relacionada con la debilidad militar de Egipto respecto a Macedonia en ese momento y que estas acciones buscaran congraciarse con algunas de las *poleis* griegas (Mirón, 2011: 256).

El evergetismo de las reinas en el ámbito de la religión fue también correspondido con la instauración de sacerdocios y cultos en su honor. Este proceso se inscribe en el marco del culto dinástico, por el cual tanto los varones como las mujeres de la casa real fueron venerados como dioses o figuras semidivinas (en vida o tras la muerte). Por lo general, las reinas fueron asimiladas a ciertas divinidades vinculadas con el ámbito conyugal y familiar, como Hera, Deméter o Afrodita, remarcando, de este modo, simbólicamente su papel de género tradicional. Así, por ejemplo, la – ya mencionada– reina Apolonis en Pérgamo, fue proclamada diosa por sus hijos a su muerte, asimilándose a la diosa Deméter (Mirón, 2015: 81-83; 2021:89-90)¹⁸.

El culto dinástico, no obstante, se desarrolló especialmente en la dinastía Lágida, pues la herencia egipcia ya lo contemplaba para la pareja real y, por otra parte, Ptolomeo I ya había establecido la deificación de Alejandro. Las reinas de esta dinastía se sirvieron de la asimilación

¹⁸ En el reino de Pérgamo, no se desarrolló un culto dinástico como tal pero sí se otorgaron honores divinos a reinas como Apolonis, esposa de Átalo I (Mirón, 2015:81-83).

con la diosa Afrodita para reforzar la imagen de amor conyugal con sus esposos y presentarse como propiciadoras de la prosperidad del pueblo y de la estabilidad de la monarquía. Afrodita aparece asociada por primera vez con la reina Berenice I, prima de Eurídice, a la que acompañó para su boda con Ptolomeo I *Soter* (305-382 a.C.), el fundador de la dinastía.¹⁹

Si este Ptolomeo en verdad era hijo de Filipo, hijo de Amintas, se debe saber que tenía pasión por las mujeres como su padre, pues, estando casado con Eurídice, hija de Antípatro y teniendo hijos, se enamoró de Berenice, a la que Antípatro había enviado con Eurídice a Egipto. Enamorado de esta mujer, tuvo hijos de ella y, cuando estaba cerca su muerte, dejó el reino de Egipto a Ptolomeo, el que había nacido de Berenice y no de la hija de Antípatro.

(Paus. 1.6.8.)

Por su parte, Ptolomeo II y Arsínoe II establecieron el culto a los soberanos vivos. Ambos recibieron el sobrenombre de *Philadelphos* (“el que ama a su hermano”). Es en este momento cuando se abre una etapa de esplendor en la influencia de la reina, que es considerada como la verdadera impulsora de la política exterior del rey y la responsable de la creación del imperio marítimo de Egipto. Arsínoe II fue una reina muy popular y recibió honores tanto en Egipto como en las ciudades griegas en la órbita de Egipto, recibiendo culto como diosa asociada a Afrodita, como diosa patrona del amor conyugal, pero también como protectora de los marinos, de manera que varios puertos egipcios recibieron su nombre y se le levantó un templo en Cabo Cefirio, asimilada a Afrodita *Euploia* (de la navegación feliz), convirtiéndose en el símbolo del poder naval egipcio²⁰.

En el Helicón hay también una estatua de Arsínoe, con la que se casó su hermano Ptolomeo. La lleva un avestruz de bronce sin alas. Éstos tienen también alas, de la misma manera que los demás pájaros, pero sus alas, debido a su peso y su tamaño, no son capaces de levantarlos en el aire.

(Paus. 9.31.1)

No sabemos si la idea del culto dinástico a Berenice I y Ptolomeo I partió de Arsínoe o de Ptolomeo II (Fig.6), pero lo cierto es que esta última alcanzó un espacio de poder que hasta ahora no se había dado y sentó las bases para instituir el culto dinástico a las reinas, primero a su madre, después al matrimonio al estilo de los faraones y, por último, a las reinas posteriores. Desde ese momento, todas las reinas de Egipto fueron divinizadas y fueron aumentando su poder. Con Cleopatra II se conseguirá asociar al trono al rey y a la reina, y ambos recibirán el

¹⁹ En un momento dado, Berenice desplaza a Eurídice como esposa principal y a sus hijos como herederos al trono, lo que provoca que Eurídice termine volviendo a Macedonia. Ptolomeo I había establecido el culto a Alejandro Magno, y a su muerte, fue divinizado como Ptolomeo *Soter*, “dios salvador”, por su hijo Ptolomeo II. A su vez, Berenice I fue divinizada por la esposa/hermana de Ptolomeo II e hija suya, Arsínoe II, aunque es posible que esa asociación ya se hubiera dado en vida.

²⁰ Afrodita protegía a los marineros al haber nacido en el mar.

apelativo *Theos* y *Thea* (“dios” y “diosa”, respectivamente). Solamente Cleopatra VII aparecerá encabezando en primer lugar los documentos, pero eso sí, siempre asociada a un varón. A pesar de ese poder tan cercano a los varones, por lo general, las reinas eran identificadas con diosas protectoras o vinculadas al amor y al matrimonio, como Afrodita, Hera, Isis, Astarté, diosa fenicia; todas representantes también de la fertilidad femenina para recalcar que su función principal era engendrar al heredero y futuro gobernante. De este modo, la divinización de las reinas helenísticas obedecía más al hecho de ser esposa de un dios o madre de uno que por sus propios méritos, de forma que su poder venía dado por su vínculo con el rey. Si el rey era el más poderoso, se merecía la mujer más bella, de forma que asociar a la reina con Afrodita, era reconocer el poder del rey. Si el rey tenía el poder, la reina representaba la belleza y el amor tanto carnal como espiritual, encarnando así el modelo de virtud femenina, símbolo de la unión familiar y del reino

5. ESTUDIO DE CASO: ARSÍNOE II (ca. 275-270/268 a.C.)

Arsínoe II, reina de Egipto entre ca. 275-270/268 a.C. (Carney, 2013: 70-104)²¹, es uno de los mejores ejemplos en el Egipto Lágida de cómo una mujer de esta dinastía supo ganar influencia y ejercer su autoridad, sirviéndose de todos los recursos que tuvo a su alcance, incluyendo relaciones de parentesco y políticas matrimoniales, obras evergéticas, actos piadosos y relaciones con la divinidad, incluyendo su propia divinización, lo que cimentó la base para que reinas Lágidas posteriores alcanzarían un poder real y efectivo.

Arsínoe II era hija de Ptolomeo I *Soter*, el fundador de la dinastía, y de su segunda esposa, Berenice. El matrimonio, además de esta hija, tuvo a otros dos hijos más: el futuro Ptolomeo II y Filoteria. No obstante, existían otros hijos del primer matrimonio de Ptolomeo con su primera esposa Euridice: Ptolemaïs, Lisandra y Ptolomeo Cerauno. Su madre, Berenice, aunque fue nombrada reina y quizá tuviera un estatus oficial, nunca tuvo un poder real más allá de la influencia que pudiera tener sobre su esposo.

Contando Arsínoe con unos quince o dieciséis años, se pactó un doble matrimonio que consolidaría las relaciones diplomáticas entre la Tracia de Lisímaco y Egipto, aprovechando que ambos monarcas perseguían una alianza contra Seleuco I. De este modo, Arsínoe, la futura Arsínoe II, se casó con Lisímaco, rey de Tracia y antiguo general de Alejandro Magno, un

²¹ Citada en Sewell-Lasater 2020:104.

anciano de sesenta años aproximadamente. Por su parte, otra Arsínoe, en este caso la futura Arsínoe I de Egipto, hija de Lisímaco, contraería matrimonio con Ptolomeo II de Egipto.

Tradicionalmente, Arsínoe II ha sido presentada como intrigante y calculadora, al haber estado detrás, supuestamente, del hecho de que Lisímaco, en un momento dado, mandara asesinar a su hijo Agatocles, producto de un matrimonio anterior, lo que llevó a que la esposa de este se viera obligada a refugiarse en el territorio del seléucida Seleuco I rival de Egipto y Tracia (Lozano, 1989:14-15). El enfrentamiento entre Tracia y Macedonia fue inevitable, falleciendo Lisímaco en combate en la batalla de Corupedio (281/2 a.C.). Tras esto, Arsínoe II, se refugiaría en la ciudad de Casandrea, en Macedonia, logrando gobernar la ciudad con tropas mercenarias pagadas por ella. Poco después, su medio hermano, Ptolomeo Cerauno, quien también se encontraba en Macedonia, para evitar que Arsínoe II o sus hijos heredaran el trono, se ofreció en matrimonio a su hermana y, conseguido esto, asesinó a sus sobrinos. Después de este hecho, la futura Arsínoe II huyó a Egipto buscando la protección de su hermano Ptolomeo II, que en ese momento estaba casado con Arsínoe I, con la que había tenido tres hijos: Ptolomeo III, Lisímaco y Berenice II (Sewell Lasater, 2020: 443).

Tras la llegada de Arsínoe a Egipto en el 277 a.C., dos veces viuda (pues Ptolomeo Cerauno habría muerto poco después de su partida), se produjo un acontecimiento llamativo, pues, parece ser que, entre el 276 y el 272 a.C. acusó a su hijastra, Arsínoe I de conspirar contra su esposo Ptolomeo II, de forma que fue desterrada. Como ya se ha apuntado, se ha presentado a Arsínoe II como una mujer maquinadora, pero lo cierto es que cuando Arsínoe I fue desterrada, Arsínoe II no llevaba tanto tiempo en Egipto como para poder influir en Ptolomeo. (Sewell-Lasater, 2020:104). Tal vez en este relato tuvo que ver el hecho de que los autores clásicos presentaran una visión completamente negativa de cualquier mujer que mínimamente intentara desempeñar un papel considerado propio de los varones o que implicara cierta cuota de poder. Sea como fuere, el destierro de Arsínoe I permitió que Ptolomeo II y Arsínoe II contrajeran matrimonio. El matrimonio consanguíneo entre parientes en primer grado era algo insólito para la cultura griega y macedónica (Sanchez Barragán, 2018: 34) y, por tanto fue un escándalo para los griegos, no así en la corte egipcia donde las tradiciones faraónicas no lo veían mal (Desroches, 1999:34). Este matrimonio propició un acercamiento a las costumbres egipcias y a los cultos autóctonos, pues tanto el *basileus* como la *basilissa* se mostraban así como herederos de la tradición faraónica, asimilándose a Isis y Osiris y, en cuanto a Grecia, donde el matrimonio entre parientes de segundo grado sí era aceptado, intentaron justificar el

incesto recurriendo a la mitología griega, en la que se presentaba a Zeus y Hera como esposos y hermanos.

Es muy probable que el matrimonio se debiera más a una valoración de los posibles beneficios que tanto Ptolomeo II como Arsínoe II pudieran obtener, especialmente la propaganda. Incluso los hijos de Arsínoe I fueron adoptados por aquella, en un intento de representar a una madre amorosa y dedicada a la familia. Si el matrimonio fue por amor, se ignora, pero lo cierto es que benefició a ambos: a Ptolomeo II porque le ayudaba a consolidar la dinastía y el culto dinástico, y a Arsínoe II porque le permitía presentarse presentada como colaboradora y amante esposa del monarca, incrementando su prestigio y su posición de *basilissa* consorte y madre (adoptiva) de los hijos de Ptolomeo II.

Otra cuestión, sería el grado de participación de Arsínoe en un matrimonio que resultó polémico a los ojos de los griegos. La decisión final fue de Ptolomeo, como parte de su plan de propaganda dinástica, pero tal vez ella tuvo algo que ver en su planificación, pues la boda con familiares no le era desconocida, ya que estuvo casada con su medio hermano Ptolomeo Cerauno, o, tal vez, fue ella misma quien le presentó la idea a Ptolomeo II, sabedora de los beneficios que esto podría reportarle. El caso es que el grado de influencia ha sido objeto de debate, entre quienes defienden que Arsínoe II habría jugado un papel central en esta decisión y quienes defienden lo contrario²². Una interpretación que conciliaría en cierto modo las visiones anteriores sería la propuesta por Tara Sewell-Lasater, para quien es probable que Ptolomeo tuviera en consideración la experiencia anterior de Arsínoe como reina y tuviera en cuenta su opinión a nivel “privado”; sin embargo, sostiene que, muy posiblemente, las decisiones “oficiales” partieran de este último (Sewell-Lasater, 2020:109-110).

Pasando ahora a examinar las acciones de Arsínoe como “benefactora”, ya hemos comentado como este tipo de acciones eran esenciales a la hora de proyectar una determinada imagen de la reina (y rey) Lágida hacia sus súbditos y en el exterior. Arsínoe II dispuso de un enorme patrimonio que le fue muy útil no solo para realizar actos evergéticos, como veremos, sino también para poder mandar tropas leales que le fueran leales financiadas con su propio dinero. De igual modo, este patrimonio le permitió rodearse de una red de *philoí* u hombres leales que había captado cuando era reina de Macedonia.

²² A favor de una gran influencia: Macurdy, 1932:118; Pomeroy, 1990: 17-18; Carney 2013:80-94. En contra: Burstein, 1982: 210.

Como ya hemos comentado al hablar de las políticas matrimoniales y alianzas en el apartado correspondiente, Arsínoe II, en un principio, fue utilizada como mera moneda de cambio en las políticas matrimoniales orquestadas por su padre, sin embargo, pronto adquirió un importante papel público, de forma que le fueron concedidas varias ciudades (ya con su primer esposo Lisímaco), lo que, sin duda, le permitió incrementar su prestigio y patrimonio, como evidencia el hecho de que, tras la muerte de Lisímaco, esta costeara el *tholos Arsinoeion* en Samotracia, el edificio circular más grande del mundo griego (Fig 7). El uso de este edificio no está claro, tal vez fue para acoger los tesoros, o a los delegados de las ciudades, o a asociaciones de las fiestas del santuario, o tal vez por la decoración también pudo estar destinado a sacrificios. En su arquitrabe se encuentra, de hecho, una inscripción en la que la propia Arsínoe se identifica como *basilissa* (IG XII, 8, 227; Mirón, 2017:45-46)²³.

Tras su regreso a Egipto, en torno al 277 a.C., y una vez convertida en reina, Arsínoe II se hizo muy popular entre la población de Alejandría, por su papel como “benefactora”. Así, esta patrocinó ciertos festivales y, posiblemente, también a algunos poetas de la corte. En este sentido, el poeta Teócrito, en sus *Idilios*, alude al patrocinio por parte de la reina del festival a Afrodita y Adonis en Alejandría.

Vámonos al palacio del opulento rey Ptolemeo para ver a Adonis. He oído que la reina prepara una cosa preciosa.

(Theoc. *Id.* 15.22)

Diosa de Chipre, hija de Dione, tú has hecho de Berenice una inmortal de mortal que ella era, según narran los hombres, derramando unas gotas de ambrosía en su pecho de mujer. Y en honor tuyo, Señora de muchos nombres y de muchos templos, la hija de Berenice, tan bella como Helena, Arsínoe, acoge a Adonis con todos los honores.

(Theoc. *Id.* 15.106 111)

Este festival parece ser que contribuyó a que la población griega de Egipto aceptara que una mujer mostrara poder en público. Financiar un festival de esa magnitud era un acto reservado solo a los hombres, por lo que el patrocinio de Arsínoe, sin duda, le permitió erigirse como como “la gran benefactora”, según aparece en la base de una estatua suya en Tebas (Sewell-Lasater, 2020: 113).

²³ Ptolomeo II construyó los propileos de entrada, que tienen un estilo muy parecido al resto del edificio, por lo que se plantea si estos pudieron construirse al mismo tiempo (Mirón, 2017:46).

Como se ha apuntado a lo largo del trabajo, los actos de piedad religiosa eran un punto muy importante para las reinas Lágidas. En ese sentido, Arsínoe II jugó un papel esencial en la instauración del culto dinástico. Recordemos que ella y su esposo, Ptolomeo II, se habían asimilado a dos parejas de dioses (también hermanos y esposos, como eran los egipcios Isis y Osiris y los griegos Zeus y Hera), recibiendo culto, probablemente ya en vida, como “dioses filadelfos” (“dioses hermanos que se aman mutuamente”), además de participar en rituales en honor a sus padres, Ptolomeo I y Berenice. Sería ya durante el reinado de Ptolomeo III (246-222 a.C.), hijo de Ptolomeo II y de su primera esposa Arsínoe I, cuando se establecería el festival de los *Theoi Adelphoi* (“dioses hermanos”) o *Theadelpheia*, que incluía una serie de juegos y sacrificios en honor de la pareja real (Sewell-Lasater, 2020:116).

Además de ser asimilada con Isis y Hera, Arsínoe II también fue asimilada a Afrodita por uno de sus *philoí*, Calícrates, quien detentaba el cargo de almirante de la armada ptolemaica y primer sacerdote del culto de *Theoi Adelphoi*, y quien dedicó un templo a Arsínoe-Afrodita en el cabo Cefirio (IG XI, 4.127; Sewell-Lasater, 2020:116). Bajo la denominación de Arsínoe-Afrodita o Arsínoe *Zephyritis*, Arsínoe se convirtió en protectora tanto de la esfera marina como del matrimonio, pues su asociación a Afrodita daba la imagen de una pareja real amorosa y colaboradora. De este modo, su culto se extendió a muchas posesiones marítimas Lágidas en todo el Mediterráneo, lo que llevaría a ciudades portuarias que llevaran el nombre de la reina. Muchas reinas posteriores repitieron esa asociación, asimilándose también a Isis (Sewell-Lasater, 2020:117).

Arsínoe falleció antes que Ptolomeo, alrededor del 270/268 a.C., y fue deificada como *Thea Philadelfos* (“diosa del amor fraternal”) poco antes de morir o inmediatamente tras su muerte. Para seguir manteniendo la estabilidad de su reinado, Ptolomeo continuó utilizando la imagen de su esposa representándola como su reina en la propaganda oficial hasta la muerte del propio rey en el 246 a.C. e incluso se siguió utilizando en reinados de sus sucesores (Sewell-Lasater, 2020: 132)²⁴. Para mantener el culto a Arsínoe *Philadelphos* se estableció el festival de *Arsinoeia* y se nombró una sacerdotisa epónima única, la *kanephoros*, que dirigía los ritos y encabezaba la procesión anual. Esta figura se convirtió en un importante cargo sacerdotal, ocupado por dos poderosas familias egipcias, lo que contribuyó a asentar el gobierno Lágida al vincular a los miembros de la poderosa clase sacerdotal nativa con la dinastía. La conocida

²⁴ Ver también Carney, 2013:127.

como estela de Mendes (Cairo CG 22181[TM 58583]²⁵; Sewell-Lasater 2020:121, *ca.* 265/264 a.C.), denominada así por el lugar en el que apareció esta inscripción, el nomo egipcio de Mendes (antiguo Djedet), conmemora la deificación de Arsínoe por parte de Ptolomeo II como *synnaos Thea* (“diosa que comparte el templo” o “diosa cohabitante del templo”). Ptolomeo es representado en la estela realizando un sacrificio en honor de Arsínoe, quien aparece con los atributos de la diosa Hathor (fig. 8). Ptolomeo, además, estableció el nomo arsinoíta en el Fayum, donde Arsínoe podía ser adorada tanto en su personalidad griega como egipcia, y estableció que una parte del tributo conocido como *apomoira* (que gravaba la producción de los viñedos, huertos y jardines) fuera destinado a financiar el culto de Arsínoe. tal como se indica en la estela de Pithom, (fig.9) que conmemoraba la inauguración por parte de Ptolomeo II de un templo dedicado a su difunta esposa en la ciudad de Pithom, en la zona oriental del Delta (Cairo CG 22183 [TM 58344]²⁶; Sewell-Lasater 2020: 123). Por último, acuñó monedas con el retrato de Arsínoe en el anverso, velado y portando una diadema (motivos griegos de la realeza y la divinidad), con un pendiente de cuerno de carnero (símbolo egipcio de Amón, lo que la conectaba tanto con la tradición egipcia como con la figura de Alejandro Magno), y sosteniendo un cetro de loto en el hombro (símbolo de divinidad que la asimiló a Hera y Afrodita en la tradición griega). El reverso de estas monedas mostraba motivos similares: la doble cornucopia atada con una diadema real con granadas y racimos de uvas (la granada era el emblema de Afrodita y de Hera, pero también de Isis, protectora de Osiris) rodeada por la leyenda ΑΡΣΙΝΟΗΣ ΦΙΛΑΔΕΛΦΟΥ (*Arsinoes Philadelphou*), su título de culto (Fig. 10).

Una última acción emprendida por Ptolomeo para cimentar la deificación de Arsínoe fue la de otorgarle el “nombre de trono” (uno de los nombres de los antiguos faraones) de *nsw bitj* o Rey del Alto y Bajo Egipto. Arsínoe fue la primera reina ptolemaica en recibir un nombre de trono, también llamado nombre de cartucho, añadido a su nombre de nacimiento. El hecho de que Arsínoe recibiera este título y otros atributos reales, como su corona distintiva y su doble *uraeus*, puede indicar su actividad política en vida. Nombrar a Arsínoe con el nombre de *nsw bitj* podría haber sido una señal de respeto por su reina y compañera fallecida, especialmente para el clero egipcio que habría reconocido la importancia del título, más que las porciones griegas de la élite.

²⁵ Número de inventario de la pieza en el Museo del Cairo.

²⁶ Véase nota anterior.

6. CONCLUSIONES

La dinastía Ptolemaica se asentó sobre un territorio que ya tenía una larga historia previa. Los reyes Lágidas buscaron legitimarse ante la población local mediante la adopción de tradiciones culturales y religiosas egipcias, aunque sin perder en ningún momento su esencia grecomacedonia. Precisamente esa combinación de tradiciones hizo posible la posición que sus reinas ocuparon en la esfera pública y la consecución por parte de estas de un poder propio y efectivo, al margen de sus padres, hermanos y/o esposos, aunque parece que esto último solamente ocurrió al final de la dinastía. No obstante, ya desde los primeros momentos, ciertos elementos, como el derecho a la propiedad, a heredar y a poseer y gestionar su propio patrimonio, dotaron a estas mujeres de una independencia económica que les permitió sufragar acciones encaminadas a acrecentar su popularidad y tejer una red de *philoí* leales a ellas.

Sin embargo, las tradiciones egipcias y macedonias exigían también que estas mujeres cumplieran con su papel de género tradicional, que, fundamentalmente, era el de convertirse en madres y leales esposas y, en el caso de las reinas, el de contribuir, mediante la proyección de una imagen de mujer ideal, a la legitimación del poder de sus parientes masculinos. Para ello, las mujeres Lágidas fueron utilizadas como instrumentos para forjar alianzas políticas con otras realezas helenísticas, pero, también, en enlaces intrafamiliares destinados a reforzar la cohesión dinástica y a engendrar al futuro *basileus*. Esto no solo contribuiría a dotar de estabilidad a la institución, sino que, proporcionó a estas mujeres un cierto grado de poder e influencia en tanto que esposas del soberano actual y madres del futuro monarca. En todo este proceso jugó un papel central la eliminación de la poligamia y la presentación de la pareja real como símbolo de unidad y estabilidad, especialmente tras la (re)introducción por parte de Ptolomeo II de la práctica del incesto real de herencia egipcia. El matrimonio del rey con su hermana de sangre impedía la dilución de la línea real y permitía la transmisión de la divinidad tanto de la madre como del padre. A medida que la práctica del incesto se fue desarrollando, y con el fin de asentar la legitimidad de la monarquía, se fueron reservando los mismos honores para la esposa real que para el rey, configurándose un título específico (el de *basilissa*) que pondría de manifiesto el estatus oficial de reina en consonancia con el del *basileus*. La adopción del título real por parte de las mujeres Lágidas vendría acompañado, como ocurrió en su momento con los varones, con la utilización de símbolos como la diadema real o la acuñación de moneda con su

efigie y su nueva titulatura. De este modo, y a partir de ese momento, las mujeres pudieron participar en mayor grado del gobierno, lo que les permitiría aspirar a la coregencia y, con el tiempo, al cogobierno.

La participación de las reinas Lágidas en actos religiosos, cívicos o evergéticos en favor, principalmente, de su pueblo, resultó un complemento a la labor legitimadora de los monarcas, lo que les permitió, además de adquirir paulatinamente cierta popularidad entre sus súbditos, ganar cierto espacio de poder. No obstante, estas actuaciones, así como la imagen que estas reinas trataron de proyectar de sí misma, siguió obedeciendo, al menos en el caso de los primeros monarcas Lágidas, al objetivo de legitimar y reforzar el poder del rey y de la monarquía, aunque, paulatinamente, contribuiría también a reforzar el propio prestigio y poder de la reina.

Un ejemplo de todo lo expuesto lo personifica la reina Arsínoe II, quien, tras haber servido a los intereses familiares para forjar alianzas políticas mediante matrimonios de conveniencia, logró ganar gran influencia una vez desposada con su hermano Ptolomeo II. Si bien se ha llegado a plantear si Arsínoe llegó verdaderamente a tomar las riendas de la política, participando activamente en ella de forma conjunta con su esposo, o si, por el contrario, fue un mero instrumento para los fines de Ptolomeo II en sus intentos de consolidar su poder. Como señalamos anteriormente, aunque es muy posible que tanto la actitud de Ptolomeo como la de la propia Arsínoe obedeciera a una planificación que beneficiaba a ambos, a la larga, esta maniobra permitió que aquella pudiera convertirse en una verdadera reina. Sumado a esto, la articulación del culto dinástico, concebido para consolidar la legitimidad de la dinastía en torno a la pareja real, junto con las obras evergéticas (promovidas tanto por el rey como por la reina), no solo permitieron reforzar el prestigio de la reina en vida (y tras la muerte), sino que sentaron precedentes para sus sucesoras.

Las reinas posteriores pudieron asumir cada vez más papeles públicos y políticos, siendo reconocidas como la otra mitad de la monarquía. Con el tiempo, y poco a poco, pudieron asumir cargos oficiales, e incluso actuar de regentes de sus hijos en solitario, como ocurrió con Arsínoe III, cogobernante con su esposo Ptolomeo IV, quien no solo estuvo presente en la batalla de Rafia contra los Seléucidas, sino que llegó incluso a arengar a las tropas, algo insólito para una mujer, aunque fuera reina, o Cleopatra II, coregente primero con sus esposos y, después, regente de su hijo Ptolomeo VII. Este proceso culminaría con el desempeño del poder

efectivo y explícito por parte de Cleopatra VII, quien, a pesar de aparecer cogobernando con un varón, uno de sus esposos/hermanos, terminó desempeñando *de facto* el poder de forma plena, como demuestra el hecho de que terminó siendo ella quien encabezaba los textos y decretos reales, la que tomaban decisiones, como se evidencia en sus relaciones con Roma, formando alianzas con Julio César por iniciativa propia, o mandaba el ejército y la marina egipcias, como demuestra el apoyo militar mostrado a Marco Antonio en su enfrentamiento con Octavio, o las iniciativas para apoyar a su pueblo como distribuir grano durante las hambrunas.

En conclusión, las reinas Lágidas no solamente contribuyeron a la estabilidad de la monarquía, sino que influyeron en la cultura y sociedad de su tiempo. Partiendo de un papel de género tradicional propio de una sociedad patriarcal, demostraron una gran habilidad, determinación y capacidad para despojarse paulatinamente de ese rol y llegar a ejercer el poder. Estas mujeres no fueron elementos decorativos en la institución monárquica, sino auténticas protagonistas en la construcción, ejercicio y legitimación del poder, contribuyendo a la estabilidad y pervivencia de esta dinastía por casi tres centurias.

7. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

A) Corpora de inscripciones y bases de datos epigráficas e iconográficas

Egyptian Texts of the Late & Ptolemaic Periods. Disponible en:
<https://www.attalus.org/egypt/index.html>

Inscriptions of Greek Cyrenaica (IGCyr). Disponible en: <https://igcyr.unibo.it/igcyr063300>

Inscriptiones Graecae (IG) XII,8. Inscriptiones insularum maris Thracici, ed. Carl Friedrich. Berlin 1909. — Lemnos, Imbros, Samothrace, Thasos, Skiathos (etc.) and Skyros.

Ptolemaic Coins Online. Disponible en: <https://numismatics.org/pco/>

Searchable Greek Inscriptions. The Packard Humanities Institut. Disponible en:
<https://packhum.org/>

Supplementum Epigraphicum Graecum (SEG). Vols. 1-11, ed. Jacob E. Hondius, Leiden 1923-1954.

Supplementum Epigraphicum Graecum (SEG). Vols. 12-25, ed. Arthur G. Woodhead. Leiden 1955-1971.

Supplementum Epigraphicum Graecum (SEG). Vol. 26. Eds. H.W. Pleket y R. S. Stroud, Leiden, 1976-1977.

B) Traducciones y ediciones de fuentes clásicas

Bucólicos griegos. *Teócrito, Mosco, Bión.* Trad. M. García Teijeiro & M^a. Teresa Molinos Tejada. Madrid: Gredos, 1986.

Diodoro Sículo. *Biblioteca Histórica libros I-III.* Trad. Francisco Parreu Alasá. Madrid: Gredos, 2001.

Diodoro Sículo. *Biblioteca Histórica libros IX-XII.* Trad. Juan José Torres Esbarranch. Madrid: Gredos, 2006.

Pausanias. *Descripción de Grecia.* Trad. María Cruz Herrero Ingelmo Madrid: Gredos, 1994.

Quinto Curcio Rufo. *Historia de Alejandro Magno.* Trad. Francisco Rubio Tejenaute. Madrid: Gredos, 1986.

C) Bibliografía

- Aguilar García, Rosa (1996): “Buenas y malas mujeres en la antigua Grecia”. *Enrahonar*(26), pp. 81-94. <https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.489>
- Arroyo de la Fuente, Amparo (1999): "Isis y Serapis, legitimadores de la realeza en época ptolemaica". *Boletín de la Asociación Española de Egiptología (B.A.E.D.E.)*(9), pp. 157-174.
- Arroyo de la Fuente, Amparo (2013): “Cleopatra VII Filópator y la legitimación del poder ptolemaico”. *Eikon/Imago*, 2(4), pp. 69-106.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4520718>
- Austin, Michael. (1981): *The Hellenistic World from Alexander to the Roman conquest: A Selection of Ancient Sources in Translation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bielman Sánchez, Anne (2012): “Quand des reines transgressent les norms, créent-elles l’ordre ou le désordre?” *Lectora* (18), pp. 51-70.
<https://revistes.ub.edu/index.php/lectora/article/view/7253>
- Bielman Sánchez, Anne (2015): “Regner au féminin. Réflexions sur les reines attalides et séleucides”, en Francis Prost (Ed.), *L’Orient méditerranéen, de la mort d’Alexandre aux campagnes de Pompée*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 44-61.
- Bielman Sánchez, Anne & Lenzo, Giuseppina (2016): “Deux femmes de pouvoir chez les Lagides: Cleopâtre I et Cléopâtre II (IIe siècle av. J.C.)”, en Anne Bielman Sánchez, Isabelle Cogitore & Anne Kolb, *Femmes influentes dans le monde hellénistique et à Rome IIIe siècle avant. J.C. Ier après J.C.* Grenoble: U.G.A. Éditions, pp. 157-174.
- Bielman Sánchez, Anne (2017): “Comment identifier des appuis discrets? L’entourage des reines Cléopâtre I et Cléopâtre II (180-115 av. J.C.)”, *Dialogues d’histoire ancienne* (suppl. 17), pp. 405-421.
- Boehringer, Sandra & Sebillotte Cuchet, Violaine (2015): “Corps, sexualité et genre dans les mondes grec et romain”. *Dialogues d’histoire ancienne* (suppl. 14), pp.83-108.

- Burstein, Stanley (1982): “Arsinoe II Philadelphos. A revisionist view”, en Adams W. Lindsay (Ed.), *Philip II, Alexander the Great, and the Macedonian Heritage*. Washington D.C.: University Press of America, pp. 197-212.
- Carney, Elizabeth (1988): “The sisters of Alexander the Great: Royal Relicts”, *Historia: Zeitschrift für alte Geschichte*, 37(4), 385–404. <https://www.jstor.org/stable/4436070>
- Carney, Elizabeth (2013): *Arsinoë of Egypt and Macedon: A Royal Life*. Oxford: Oxford University Press.
- Chapinal-Heras, Diego (2024): “Religión y política: Olimpia del Épiro, Dodona y Atenas”, en Aida Fernández Prieto y Unai Iriarte (Eds.), *(In)visibilidad, vulnerabilidad y agencia, visiones de las mujeres en la antigua Grecia*. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 249-265.
- Cid López, Rosa María (2000): “Cleopatra: mitos literarios e historiográficos en torno a una reina”, *Studia Historiae* 18, pp. 119-137.
- Das Candeias Sales, José (2011): “La refundación del estado egipcio en época Ptolemaica”, en Marcelo Campagno, Julián Gallego y Carlos García Mac Graw (Eds.), *El estado en el Mediterráneo antiguo: Egipto, Grecia, Roma*. Alcalá de Henares: Miño y Dávila, pp. 135-154.
https://www.researchgate.net/publication/262175756_La_refundacion_del_Estado_egipcio_en_la_epoca_ptolemaica
- Desroches Noblecourt, Christiane (1999): *La mujer en tiempos de los faraones* (Trad. José Miguel Parra). Madrid: Editorial Complutense.
- Fernández Prieto Aida & Iriarte Asarta, Unai (Eds.) (2024): *(In)visibilidad, vulnerabilidad, y Agencia. Visiones de las mujeres en la antigua Grecia*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Gallego Franco, Henar (2024): “Antigüedad e Historia de género en la investigación española”, *Vinculos de Historia* 13, pp. 417-434.
https://vinculosdehistoria.com/index.php/vinculos/article/view/vdh_2024.13.21/1094
- Jónasdóttir, Anna Guðrún (1993): *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?* Madrid: Cátedra.
- King, Helen (1998): *Hippocrates' Woman: Reading the Female Body in Ancient Greece*. London: Routledge.

- Lozano, Arminda (1989): *Las monarquías helenísticas I: el Egipto de los Lágidas*. Madrid: Akal.
- Lozano, Arminda (1989): *Las monarquías helenísticas II: los Seleúcidas*. Madrid: Akal.
- Macurdy, Grace (1932): “Hellenistic queens: a study of woman-power in Macedonia, Seleucid Syria, and Ptolemaic Egypt”, *Estudios de Arqueología de la Universidad Johns Hopkins* nº 14. Baltimore: The Johns Hopkins Press .
- Mirón Pérez, María Dolores (1998): “Cómo convertirse en diosa: mujeres y divinidad en la Antigüedad clásica”, *Arenal* 5(1), pp. 23-46.
- Mirón Pérez, María Dolores (2010): “Mujeres y poder en la Antigüedad clásica: historia y teoría feminista”, *Salduie: Estudios de prehistoria y arqueología* 10, pp. 113-125.
- Mirón Pérez, María Dolores (2011): “Las ‘buenas obras’ de las reinas helenísticas: benefactoras y poder político”, *Arenal* 18(2), pp. 243-275.
- Mirón Pérez, María Dolores (2012): “Afrodita y las reinas: una mirada al poder femenino en la Grecia Helenística”. *Feminismo/s* 20, pp. 165-186.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4283003>
- Mirón Pérez, María Dolores (2013): “La cara amable del poder: reinas y propaganda en las monarquías helenísticas”, en Almudena Domínguez Arranz (Ed.), *Política y género en la propaganda en la Antigüedad*. Gijón: Ediciones Trea, pp. 167-190.
- Mirón Pérez, María Dolores (2015): “La reina Apolonis y Afrodita: divinidad, poder y virtud en la Grecia helenística” en Eduardo Ferrer Albelda & Álvaro Pereira Delgado, *Hijas de Eva: mujeres y religión en la Antigüedad*. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp.69-96.
- Mirón Pérez, María Dolores (2017): “Arqueologías del género y la memoria: acción y conmemoración de las mujeres en la arquitectura helenística”, *Arenal* 1(24), pp. 31-71
<https://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/5642/5378>
- Mirón Pérez, María Dolores (2021): “Virtudes domésticas/acciones públicas. Las reinas atálidas y las transformaciones de la feminidad helenística”. *Asparkia. Investigación feminista* 39, pp. 83-101. <https://digibug.ugr.es/handle/10481/72610>
- Pomeroy, Sarah (1991): *Diosas, ramera, esposas y esclavas: mujeres en la antigüedad clásica*. Madrid: Akal

- Pomeroy, Sarah (1990): *Women in Hellenistic Egypt: From Alexander to Cleopatra*. Detroit: Wayne State University Press.
- Ramsey, Gillian. (2011): “The queen and the city: Royal female intervention and patronage in Hellenistic civic communities”, *Gender & History* 23(3), pp. 510-527.
- Rostovtzev, Mijail (1967): *Historia social y económica del mundo helenístico* Vol. II (Trad. Francisco José Presedo Velo). Madrid: Espasa-Calpe.
- Sánchez Barragán, E. Gabriel (2017): “Eurídice y el naciente poder femenino en Macedonia” *Nova Tellus* 35(1), pp. 109-130.
- Sánchez Barragán, E. Gabriel (2018): *Las siete Cleopatras del Nilo. Una dinastía femenina en el Egipto de los Ptolomeos*. México DF: Universidad de México.
- Sebillotte-Cuchet, Violaine & Nathalie Ernoul (Eds.) (2007): *Problèmes du genre en Grèce Ancienne*. Paris: Éditions de la Sorbonne.
- Sewell-Lasater, Tara (2020): *Becoming Kleopatra: Ptolemaic Royal Marriage, Incest, and the Path to Female Rule*. Tesis Doctoral, University of Houston. <https://uh-ir.tdl.org/items/1db14333-1c16-419f-83d3-6c39ea15f644>
- Shipley, Graham (2014): *The Greek World after Alexander 323–30 BC*. London: Routledge.
- Valcárcel Bernardo de Quirós, Amelia (1997): *La política de las mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Valdés Guía, Miriam (2007): “La situación de las mujeres en la Atenas del siglo VI a.C.: ideología y práctica de la ciudadanía”. *Gerión* (vol. extra), pp. 207-214.
- Valdés Guía, Miriam (2017): “La risa de Deméter: *aischrologia* y *Kalligeneia* en las Tesmoforias de Atenas”, *ARYS* 13, pp. 9-25 <https://doi.org/https://doi.org/10.20318/arys.2017.2748>
- Valdés Guía, Miriam (2020): *Prácticas rituales y discursos femeninos en Atenas. Los espacios sacros de la gyne*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Valdés Guía, Miriam (2022): “Las Cecrópidas como imagen representativa de las madres en la Atenas Arcaica y Clásica”, *Ilu Revista de Ciencias de las Religiones* 28, pp. 1-10. [https://doi.org/ https://doi.org/10.5209/ilur.80612](https://doi.org/https://doi.org/10.5209/ilur.80612)
- Valdés Guía, Miriam (2023): “Saberes femeninos en los espacios sacros de Atenas: transmisión y generación de memoria cultural de la comunidad”, *Dialogues d’histoire ancienne* (suppl.

27), pp. 343-362 <https://shs.cairn.info/revue-dialogues-d-histoire-ancienne-2023-Suppl%C3%A9ment27-page-343?lang=fr>

Woolf, Virginia [1929] (1993): *Un cuarto propio*. Buenos Aires: AZ Editora.

8. ANEXOS GRÁFICOS

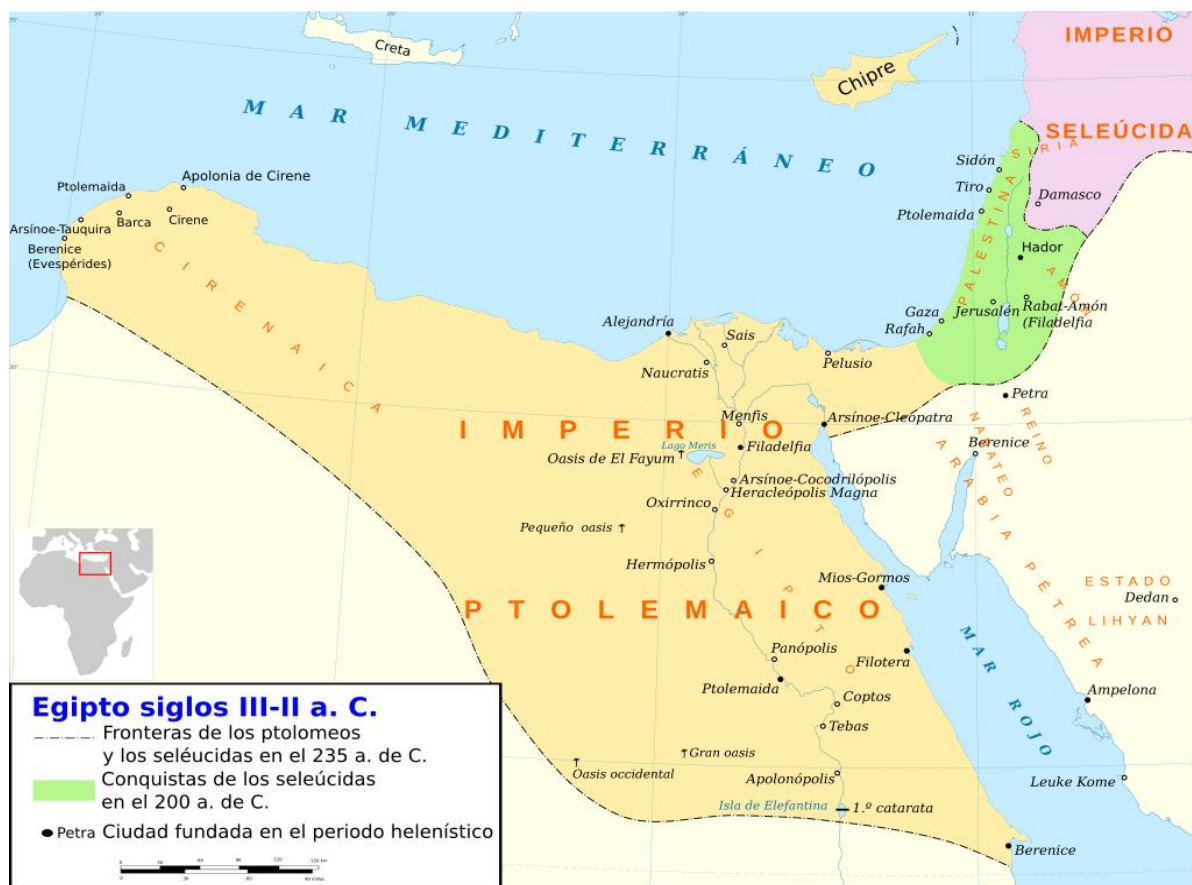


Fig. 1: Reino Lágida o Ptolemaico (siglos III-II a.C.). Recuperado de: https://www.wikiwand.com/es/articles/Periodo_helen%C3%ADstico_de_Egipto



Fig. 2: Retrato de Arsínoe II como Isis Selene (Museo del Louvre). Recuperado de: [Archivo:Arsinoe II Isis-Selene Louvre Ma4891.jpg - Wikimedia Commons](#)



Fig. 3 Representación de Berenice II como *Basilissa*.

Pentadracma Lágida (anverso: busto diademado y velado de Berenice II portando un collar con borde punteado; reverso: inscripción ΒΕΡΕΝΙΚΗΣ ΒΑΣΙΛΙΣΣΗΣ (*Berenices Basilisses* = “Berenice reina”) y cornucopia que contiene una espiga de grano, un pastel piramidal y una granada, con un racimo de uvas colgando del lado izquierdo del borde. Recuperado de: <https://numismatics.org/pco/results?q=fulltext%3Aberenice%20II&start=20>



Fig. 4 a

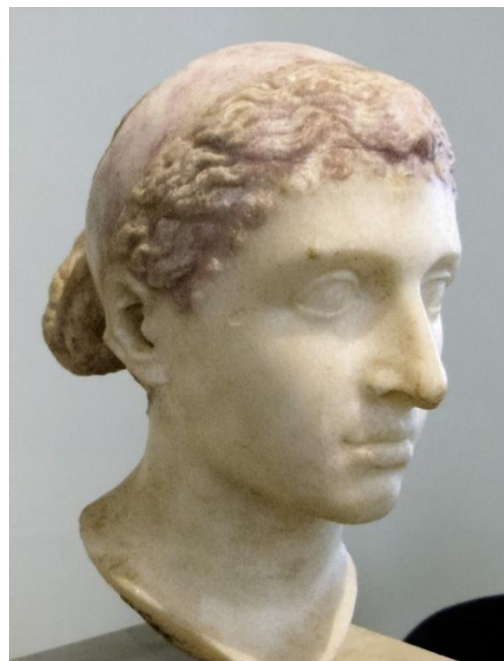


Fig. 4b

Fig. 4a. Representación egipcia de Cleopatra VII con iconografía egipcia. Recuperado de [Cleopatra VII statue fragment, 69-30 BC - Royal Ontario Museum - DSC09761 - Categoría: Busto de Cleopatra VII en el Museo Real de Ontario - Wikimedia Commons](#)

Fig. 4b. Representación de Cleopatra VII como griega. Recuperado de: [File:Kleopatra-VII.-Altes-Museum-Berlin1.jpg - Wikimedia Commons](#)

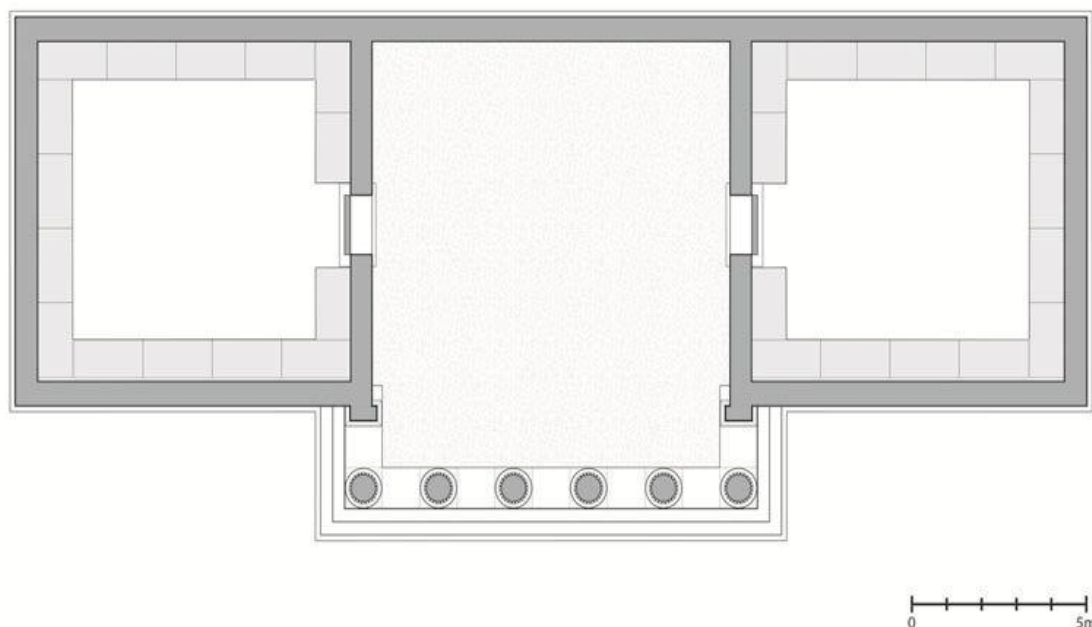


Fig. 5. Bosquejo de la planta de la sala de banquetes dedicada por una mujer milesia en Samotracia (Mirón Pérez, 2017:52)



Fig. 6 Moneda de Ptolomeo II y Arsinoe II en anverso y de Ptolomeo I y Berenice I en reverso

Anverso: Bustos yuxtapuestos de Ptolomeo II y Arsinoe II; el primero diademado y vestido con *chlamys*, la segunda diademada y con velo. Escudo gálata con un motivo de rayo detrás de la cabeza de Ptolomeo. Reverso: ΑΔΕΛΦΩΝ, en el anverso; ΘΕΩΝ, en el reverso (*adelphon theon*). Bustos yuxtapuestos de Ptolomeo I y Berenice I; el primero diademado y vestido con *himation*, la segunda diademada y con velo.

Recuperado de: https://numismatics.org/pco/id/cpe.1_1.307

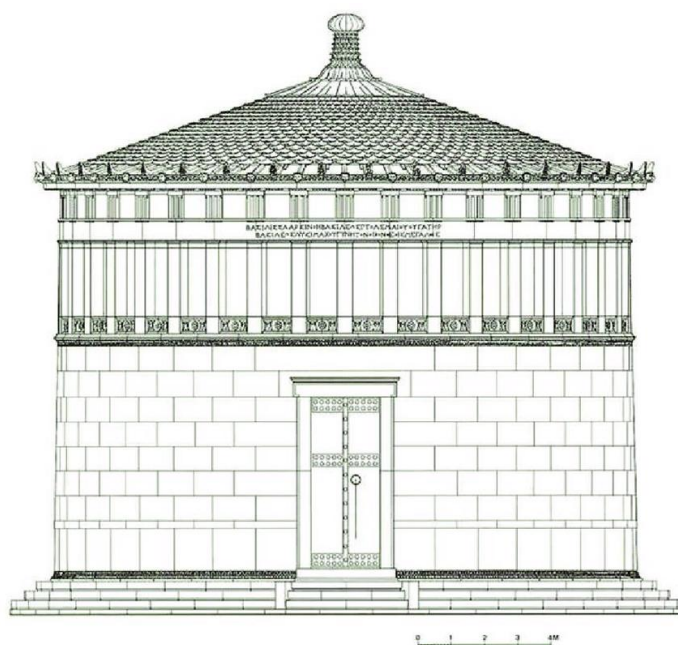


Fig. 7: Reconstrucción del Arsinoeo de Samotracia

Dibujo de John Kurtich. Excavaciones de Samotracia (Mirón Pérez, 2017:45)



Fig.8 Estela de Mendes

Conmemora la deificación de Arsínoe por parte de Ptolomeo II como *synnaos Thea* (“diosa que comparte el templo” o “diosa cohabitante del templo”). Ptolomeo es representado en la estela realizando un sacrificio en honor de Arsínoe, quien aparece con los atributos de la diosa Hathor. Recuperada de: http://attalus.org/egypt/great_mendes_stela.html

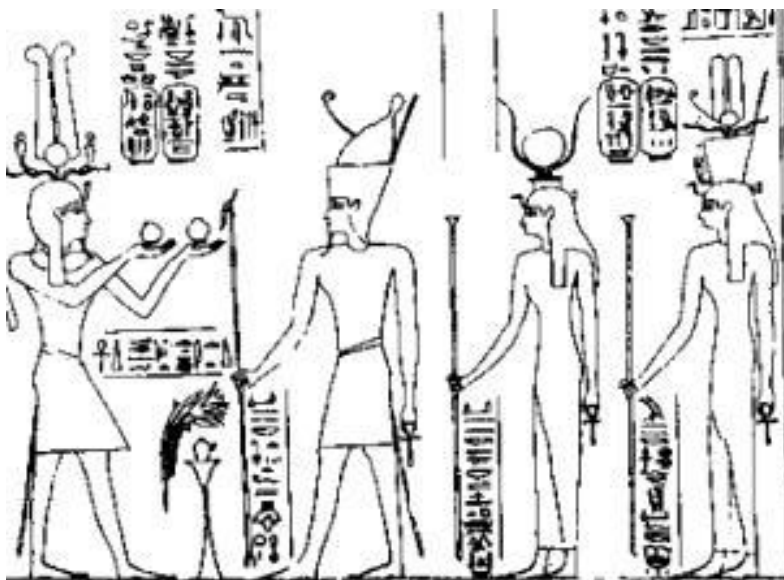


Fig. 9 Estela de Pithom

Conmemoraba la inauguración por parte de Ptolomeo II de un templo dedicado a su difunta esposa en la ciudad de Pithom, en la zona oriental del Delta. En la estela aparecen representados Ptolomeo II, Isis y Arsínoe. Recuperada de: https://www.attalus.org/docs/other/inscr_258.html



Fig. 10: Moneda representando a Arsínoe II divinizada.

Anverso: Cabeza velada de Arsínoe II deificada, con cuerno de carnero, llevando una *stephane* diademada, cetro de loto sobre el hombro más alejado.

Reverso: Leyenda ΑΡΣΙΝΟΗΣ ΦΙΛΑΔΕΛΦΟΥ. Representación de cornucopia doble atada con diadema real, conteniendo tortas piramidales, granada y otras frutas, con un racimo de uvas colgando del borde de cada cuerno, borde punteado. Recuperada de: https://numismatics.org/pco/id/cpe.1_1.371